

BOLSILIBROS

este

EDICIONES
B

1

Lou Carrigan

CUANDO EL SOL SE PONGA



Lectulandia

El pueblo se llamaba Maytown, y no tenía mal aspecto. Precisamente era todo lo contrario: se veía limpio, próspero, de apariencia tranquila, una bonita plaza en el centro, equidistante de los extremos de la calle principal...

Lectulandia

Lou Carrigan

Cuando el sol se ponga

Leyendas del oeste - 31

ePub r1.0

Titivillus 19.05.2019

Título original: *Cuando el sol se ponga*
Lou Carrigan, 2002

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

CUANDO EL SOL SE PONGA

LOU CARRIGAN

CAPÍTULO I

El pueblo se llamaba Maytown, y no tenía mal aspecto. Precisamente era todo lo contrario: se veía limpio, próspero, de apariencia tranquila, una bonita plaza en el centro, equidistante de los extremos de la calle principal...

Un lugar donde descansar muy agradablemente de una larga cabalgada. Había tiendas, unas cuantas cantinas, dos peluquerías nada menos... Y un hotel de aspecto más que aceptable, que daba justamente a la plaza, y cuyo nombre era Mayflower.

Maytown. Mayflower.

Curioso, porque Maytown se podía traducir como Ciudad de Mayo, y Mayflower como Flor de Mayo.

Curioso.

El forastero iba mirando a todos lados con expresión tranquila, casi complacida. Era evidente que había cabalgado, mucho, pero no parecía excesivamente cansado. Debía tener unos treinta años, era alto, nervudo, debía tener una fuerza física impresionante. Sus ojos eran grises, y parecían retratar todo cuanto veían. A decir verdad, si se miraba bien su revólver y sus grandes manos enguantadas uno podía llegar a la conclusión de que esas manos eran demasiado grandes para manejar bien el revólver, que, por otro lado, no llevaba precisamente con admirable soltura.

Bueno, un forastero más para Maytown. Pero no un forastero cualquiera, de esos andrajosos que aparecen de cuando en cuando en busca de alguna oportunidad, de algún hueso que roer, sino un forastero de cierta calidad. Buenas roas, buen caballo, buen sombrero, buena silla de montar. Aquel forastero, no era ni mucho ráenos un muerto de hambre.

—Ahí llega otro tipo ricacho —dijo Al Curson, el barbero más veterano de Maytown—, pero me parece que éste sabe para qué sirve un revólver.

—Claro que no —replicó el sujeto que hacía tertulia en el porche con Curson—. Bueno, puede que sepa tirar más o menos bien, pero no es de los que a mí me preocuparían: éstos llevan el revólver más bajo sobre el muslo, de otra manera... Yo me entiendo.

—Y yo también te entiendo —gruñó el barbero—, pero tampoco hace falta ser un pistolero profesional para saber disparar, digo yo.

—Pues no —aceptó el otro—, pero quienes disparan bien son los pistoleros profesionales. Los demás, simplemente, vamos saliendo del paso. Me parece que ese tipo se va a quedar.

—Eso parece —asintió Curson.

Seguramente ambos iban a tener razón, porque el forastero había detenido su caballo frente al Mayflower Hotel, y contemplaba con discreto asombro la fachada, el amplio porche en el que había dos o tres mecedoras, los bonitos cristales de colores de la puerta.

Terminó por mover la cabeza con gesto admirativo, desmontó, y entró en el hotel. Dentro había grandes macetas con arbustos floridos, una penumbra sedante, y uno se sentía inmediatamente aliviado del sol de cien mil demonios del exterior.

Un sujeto ataviado con chaqueta negra, chalina y camisa blanca, todo él impecable, observaba al forastero desde detrás del mostrador de recepción, y sonrió amablemente cuando lo tuvo delante.

—Buenos días —saludó con voz profunda el recién llegado—. Tengo intenciones de quedarme un par de días, descansando antes de seguir hacia México. ¿Hay alguna habitación libre?

—Desde luego, señor.

—Menos mal. Estoy cabalgando desde el amanecer y son ya tantos días que cada vez me cansó más pronto: Por eso quisiera descansar un par de días.

—Estará muy bien aquí, señor. Tenemos cuarto de baño, y todos los servicios que pueda necesitar.

Una lucecita irónica apareció en los grises ojos del forastero.

—¿He oído bien? ¿Todos los servicios?

—Absolutamente todos, señor.

—Ya. Estamos en Texas, ¿no?

—Sí, señor, en efecto.

—Y todos los servicios, ¿eh?

—Así es.

—Bien. Bien, bien. Mi nombre es Adam Kinkaid. Supongo que tengo que firmar en alguna parte.

—Ah, sí.

Kinkaid se quitó los guantes mientras el conserje colocaba sobre el mostrador el libro de registro. Las manos del forastero eran grandes, en efecto, y estaban muy quemadas por el sol. Escribió su nombre con pulso

firme y con seguridad, como lo hacen las personas acostumbradas a escribir, no los paletos que llegaban de cuando en cuando a Maytown y manejaban la pluma como si fuese una escoba.

—Tengo mis cosas en la silla de montar —dijo Kinkaid—, y estoy tan cansado que agradecería que alguien me las subiera a la habitación. También quisiera que llevaran mi caballo al establo público y que lo cuidaran como si fuese yo mismo. Ese animal se ha ganado un par de días de buena vida... ¿Puedo contar con un baño antes del almuerzo?

—Ordenaré que se lo preparen enseguida. Y me ocuparé personalmente de sus cosas y de su caballo, señor Kinkaid.

—Espléndido. Es usted muy amable... También quisiera un almuerzo digno del momento. Por dinero que no quede. Me gusta comer muy bien. Hay cosas en las que un hombre no debe regatear cuando gasta dinero... Por ejemplo, la comida y las mujeres, ¿no está de acuerdo?

—Desde luego, señor —sonrió el conserje.

—Claro —Kinkaid guiñó un ojo—. Y ya que hablamos de mujeres, ¿cómo son las de este lugar? Lo digo porque quisiera una para ésta tarde. Para la siesta, a ser posible.

—No sé si le he entendido bien, señor.

—Bueno, amigo... ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Benny, señor.

—Amigo Benny, usted ha dicho y repetido hace tan sólo un par de minutos que tenían todos los servicios que pudiera necesitar. ¿Lo ha dicho o no lo ha dicho?

—Sí... Sí, señor, pero...

—Bueno, yo necesito una mujer, y no creo que eso pueda sorprender a un hombre. ¿Le sorprende que un hombre necesite una mujer, Benny?

—No, señor, desde luego que no, pero... Bueno, francamente, no creo poder servirle en eso, señor Kinkaid. Lo de su caballo, el baño, una buena comida, una habitación confortable y todas las atenciones que estén al alcance del hotel, es un hecho. Pero nunca habíamos proporcionado mujeres a los clientes, señor Kinkaid.

—Ya. Bien, quizá nos entenderemos de otro modo —Kinkaid sacó del bolsillo un fajo de billetes que hizo desorbitar los ojos a Benny—. Me gustaría que fuese más bien gordita, no muy alta, y a ser posible, sobre todo, que sea pelirroja. ¡Sobre todo pelirroja, Benny! Ahí van cuarenta dólares, y por lo que a mí respecta asunto olvidado: ¿De acuerdo?

—La verdad es que...

—¡Adam! —sonó una voz femenina—. ¡Adam Kinkaid!

Éste quedó un instante inmóvil, dejando el dinero sobre el mostrador. Luego, se volvió a mirar hacia donde ya miraba Benny, es decir, hacia la base de la escalera que arrancando del vestíbulo ascendía a los dos pisos superiores.

La mujer estaba allí.

Rubia, delgada, alta, majestuosa; Grandes ojos azules, boca roja y llena, busto no muy desarrollado, pero de bellísimas líneas que se definían más de lo habitual bajo la blusa de fina tela, abierta en la garganta mostrando una carne densamente blanca, pura seda. Sobre la rubia cabellera alborotada y de una abundancia deliciosa y fragante, parecía cabalgar un diminuto sombrero azul, más o menos del mismo tono que los ojos.

Era más bella que un espejismo del desierto, pero Adam Kinkaid se limitó a parpadear.

Ella fue mucho más expresiva.

—¡Por fin has venido a por mí! —exclamó.

Echó a correr hacia Kinkaid, se colgó de su cuello, y lo besó en la boca. Al otro lado del mostrador Benny parecía a punto de proyectar los ojos fuera del rostro. ¡Por todos los infiernos...! ¡Todos los hombres de Maytown suspirando por una mirada de Lulu Belle, y llegaba un forastero y ella le daba hasta el aliento que respiraba!

Y que la cosa no era broma, estaba bien claro. Kinkaid había rodeado, con sus largos brazos el esbelto y cálido cuerpo femenino, y lo apretaba contra su pecho, mientras correspondía cumplidamente al beso en el que la despampanante Lulu Belle estaba poniendo alma, vida y corazón. Por fin, cuando el pobre Benny estaba siendo víctima de una erección insoportable y parecía que la cosa iba a terminar allí mismo con hechos más íntimos que aquel escalofriante beso en la boca, Lulu Belle apartó la suya, aspiró hondo, y exclamó:

—¡Oh, Dios mío...! ¡Cuánto he estado añorando tus besos, Adam!

—Lo comprendo —asintió Kinkaid—. Pero bueno, ya estoy aquí.

—Aquí... ¡por fin! ¡Tanto tiempo esperándote...!

—Bueno —mover la cabeza Adam Kinkaid—, son cosas que pasan. He estado muy ocupado ganando muchísimo dinero, cariño, y además no pensaba todavía en tomarme esto en serio. La verdad es que pensaba... y sigo pensando estar aquí sólo un par de días.

—Estés el tiempo que estés no pienso separarme más de ti, y desde luego cuando esta vez te vayas me iré contigo... ¡Y nada de evasivas! ¡Me lo

prometiste la última vez!

—Es cierto —admitió Kinkaid—. Esta bien, cariño, ya hablaremos de eso, si te parece bien.

—¡Claro que hablaremos! —Lulu Belle se echó a reír—. ¡Mira cómo se ha quedado el tonto de Benny, como un pasmarote! ¡Eh, Benny, despierta!

El conserje parpadeó, cerró la boca, se dio cuenta de que estaba en plena erección, y farfulló algo. Kinkaid sonrió amablemente y dijo:

—Espero que no se haya olvidado de mi caballo. En cuanto a mi último encargo será mejor que lo olvide..., por el momento. ¿Comprende?

—Comprendo, señor Kinkaid. Le acompañaré a su habit...

—¡Nada de eso! —le interrumpió Lulu Belle—. Dame la llave, que le acompañaré yo... ¡Estaría bueno! Tú ocúpate del resto de las cosas. ¿Quieres hacer el favor de despertar de una vez, Benny? ¡Dame la llave de la habitación de Adam!

El conserje entregó la llave, con cierta animosidad. Animosidad que desapareció cuando, al dirigirse Kinkaid y la rubia Lulu Belle hacia la escalera, el forastero pareció olvidarse de los cuarenta dólares, que por supuesto Benny se embolsó. Si era necesario los devolvería, claro, pero de momento donde mejor estaban era en su bolsillo.

En cuanto al señor Kinkaid, no parecía que fuese a necesitar los servicios de una pelirroja gordita, pues Lulu Belle se había tomado de uno de sus brazos y se apretaba contra él, aplastando sus senos con un gesto que puso de nuevo en marcha la imaginación y los deseos de Benny.

—¡Has tardado mucho más tiempo de lo que yo creía, Adam! —decía Lulu Belle.

—Lo siento, pero no pude desentenderme de mis asuntos lo suficiente hasta ahora, querida —replicó Kinkaid—. Además, ya te lo he dicho que mis intenciones, todavía por esta vez, son seguir mi camino...

—¡No harás tal cosa! —rió Lulu Belle, subiendo rápidamente al primer escalón.

Quedó entonces a la altura de Adam Kinkaid, se abrazó de nuevo a él, y volvió a besarle en la boca. Benny vio las hermosas manos de Lulu Belle acariciando la nuca y los rizos del forastero, y conteniendo apenas una maldición se dirigió a la puerta, mascullando:

—Mala puta...

El beso seguía. De nuevo había abrazado Kinkaid por la cintura a la espléndida Lulu Belle, y el beso era ahora puro fuego. Hubo un roce de lenguas provocado por Kinkaid, y Lulu Belle se estremeció y retiró su boca.

—No hagas estas cosas, o me matarás de placer —susurró.

—No quisiera tener tu muerte sobre mi conciencia —susurró también Kinkaid—. ¿Subimos, cariño?

Se abrazaron por la cintura, y subieron al primer piso, dónde estaba la habitación de Kinkaid. Lulu Belle abrió la puerta, y entraron ambos. Ella cerró, y Kinkaid echó un vistazo en torno, aprobando con un gesto. Luego se acercó al balcón y lo abrió. Tenía nada menos que la habitación especial, con terraza sobre la marquesina del hotel, sobre la cuál caía de lleno aquel sol de cien mil demonios.

Adam Kinkaid miro calle arriba y calle abajo, miró la bonita plaza del Centro del pueblo, los tejados de enfrente... Regreso a la habitación, cerró las puertas del balcón, y se volvió a mirar amablemente a Lulu Belle, qué de pie junto a la puerta le miraba con fijeza.

—Debe usted creer que estoy loca, señor Kinkaid —susurró la muchacha.

Adam movió la cabeza, siempre con gesto amable.

—Loca, no, pero sí un poco... despistada, ¿no le parece? Porque a menos que yo me haya quedado tonto y desmemoriado diría que nunca antes la había visto a usted en mi vida, señorita...

—Me llamo Lulu Belle... Le agradezco mucho que no me haya hecho quedar mal delante de Benny, señor Kinkaid.

—No le demos tanta importancia. Pero francamente me gustaría saber de qué va la cosa. No tengo nada que oponer a que una preciosidad como usted me abrace y me bese cuanto le dé la gana, pero aunque sólo sea por curiosidad me gustaría saber por qué, o cuál es el juego.

—¿De verdad sólo va a estar usted un par de días en Maytown?

—Ésa es mi intención —asintió Kinkaid.

—¡Eso es maravilloso! Oh, una cosa: ¿ha de subir Benny aquí para algo?

—No creo que tarde mucho en subir mi petate, a menos que primero vaya a la cuadra a llevar mi caballo y venga luego cargado desde allí. Lo inteligente, desde luego, es que primero suba mis cosas... ¿Se puede saber qué está haciendo usted?

—Me estoy desnudando —murmuró Lulu Belle, sin mirarle.

Y, en efecto, continuó desnudándose. Kinkaid soltó un gruñido, y masculló:

—Sé muy bien cuándo una mujer se está desnudando. Haré la pregunta de otro modo: ¿para qué se está desnudando usted, señorita Lulu Belle?

—Lulu Belle Pearson —dijo ella, sin mirarlo—. Me estoy desnudando para meterme en su cama, señor Kinkaid.

—Ah.

Justo en el momento en que Lulu Belle quedaba completamente desnuda se oía en el pasillo los pasos, y enseguida los golpes en la puerta, y la voz de Benny al otro lado:

—Señor Kinkaid, le traigo sus cosas. ¿Puedo pasar?

Adam minó a Lulu Belle correr hacia la cama, meterse en ésta, y taparse de modo que no se le veía nada pero se le adivinaba todo. Ella le miró y asintió. Adam abrió la puerta.

—Gracias, Benny. No se olvide de mi caballo.

—No, señor —casi jadeó Benny al captar a Lulu Belle en la cama del forastero—. ¿Qué me dice del baño? ¿Se lo hago preparar?

—Será mejor dejarlo para otro momento. ¿Tenemos champán en el hotel, Benny?

—Si usted quiere champán habrá champán, señor Kinkaid.

—Pues quiero champán —sonrió el forastero—. Una botella de champán en cubo de plata a ser posible, y con hielo picado. Y un almuerzo para dos de lo mejor que pueda encontrarse en Maytown. ¿De acuerdo, Benny?

—Sí, señor... Sí, señor, de acuerdo. Volando, señor Kinkaid.

—Benny —llamó Lulu Belle desde la cama—, cuando traigas todo eso llama a la puerta y déjalo todo ahí fuera, ¿comprendes? Ya lo cogeremos nosotros cuando... cuando podamos. ¡No se te ocurra volver por aquí a molestar!

—Descuide, señorita Lulu Belle... —tartamudeó Benny, que por fin había podido mirar directa y abiertamente a la esplendorosa rubia.

El conserje salió dando tropezones, Kinkaid cerró la puerta tras él, y se quedó con una mano apoyada en la madera, dando la espalda todavía a Lulu Belle. Cerró los ojos, y la recordó tal como la había visto hacía unos segundos, completamente desnuda, sueltos los cabellos, resplandecientes sus blancas y finas carnes, deliciosas las formas de sus piernas, sus caderas, vientre, sus pechos, el esbelto cuello...

Adam Kinkaid se pasó la lengua por los labios, y se volvió lentamente. Lulu Belle, sentada en la cama con la ropa tapando su pecho, le miraba con expresión un tanto asustada.

—Por favor —susurró—. ¡Por favor, señor Kinkaid, no me diga que me marche, no me eche de aquí!

—Tranquila. Pero antes que nada aclaremos una cosa: ¿andas buscando un tipo que te goce a cambio de dinero?

—¡Claro que no! —exclamó ella, palideciendo.

—No eres de éstas, entonces.

—¡No!

—Ya Bueno, todo tiene una explicación en la vida..., cariño. ¿O cuando estemos a solas no debo llamarte cariño? Lo digo porque si ahora te llamo señorita Pearson y cuando hay gente delante nos dedicamos a mordernos los belfos, la gente va a creer que estamos locos. De modo que... tú o usted dirá.

—Lo mejor será que nos tuteemos..., como antes, en el vestíbulo.

—De acuerdo. Así pues, definitivamente, yo soy Adam y tú eres Lulu Belle. Pregunto: ¿vamos a echar un polvo, Lulu Belle?

—¡Claro que no!

—Ya. En ese caso —el ceño de Adam Kinkaid se frunció hoscamente—; ¿puedes decirme qué coño pretendes con tanto beso y tanto mostrarme tus magras apetitosas? Porque de todo esto una cosa es absolutamente cierta: yo no soy de piedra.

—No creí... molestarle, señ... molestarle, Adam.

-No me molesta —dijo él, sentándose en el borde de la cama—, pero me gustaría que comprendieses la situación: yo estaba pidiendo una mujer para esta tarde, a fin de disfrutar doblemente de la siesta, cuando apareces tú, me besas, me manoseas, nos damos la lengua, te pones desnuda delante de mí y te metes en mi cama..., y ahora me dices que nada de echar un polvo. Pareces una chica inteligente, de modo que piensa bien la respuesta: ¿qué harías tú en mi lugar?

CAPÍTULO II

Lulu Belle, que miraba fijamente a Adam Kinkaid y estaba muy pálida, se aclaró por fin la voz, y susurró:

—Si estuviese en su lugar creo... creo que sacaría de mi cama a la mujer que no quería... nada, y seguiría pidiendo la pelirroja y bajita.

Kinkaid alzó las cejas sorprendido.

—¿Dé modo que me oíste decir eso? —murmuró.

—Fue lo que me decidió. Por lo demás, ya lo había visto a usted... ya te había visto en la calle frente al hotel, desde la ventana de mi habitación, y me habías gustado. Quiero decir que me parecías... el hombre adecuado.

—Adecuado... ¿Para qué?

—Para sacarme de aquí, de este pueblo.

—A mí me parece un pueblo limpio, agradable y tranquilo.

—¡Es un lugar horrible!

Adam Kinkaid parecía perplejo. Estuvo unos segundos reflexionando y luego adelantó una mano, extendió un dedo que colocó en el borde de la ropa de la cama, y tiró hacia abajo. Lulu Belle apenas opuso una ligera resistencia, para terminar permitiendo que él dejara completamente al descubierto sus bellísimos pechos. Adam estuvo mirándolos, y de pronto miró a los azules ojos de Lulu Belle.

—Veamos si lo he entendido, cariño: tú estabas en tu habitación, en este mismo hotel, y me viste en la calle. Te parecí el hombre adecuado, y entonces bajaste para verme mejor y asegurarte. Me oíste decir mi nombre, que quería una mujer, y entonces pensaste que tú eras una mujer, que seguramente me daría lo mismo una que otra, y que no tendrías mejor ocasión para relacionarte conmigo... si yo te seguía el juego. ¿Voy bien?

—Sí —susurró Lulu Belle, tapándose los pechos.

—Entonces —prosiguió Adam, bajando de nuevo con un dedo la ropa de modo que los pechos regalaron su vista—, ni corta ni perezosa, comenzaste a besuquearme y todo eso. Y total, es para que todos crean que nos conocemos de antes, que yo te había hecho ciertas promesas, que prácticamente soy y era

ya tu hombre o poco menos antes de llegar aquí..., y que he venido a buscarte para irnos juntos a otro lugar. ¿Correcto?

—Sí.

—Entendido. ¿Sabes lo que es una diligencia, cariño?

—Claro...

—Pregunto: ¿por qué en lugar de complicarte tanto la vida y complicármela a mí, no te subes a la diligencia y te marchas adónde te venga de gusto?

—Porque no me permiten marcharme.

—¿Quiénes no te permiten marcharte?

—Los hombres del pueblo. Dicen que nunca han tenido una bailarina tan bonita y que baile tan bien, y no quieren que me marche. Eso, dejando aparte a dos o tres... personajes que quieren mucho más de mí. Y si hasta ahora no me han sometido a sus caprichos, es precisamente por la pugna que existe entre ellos para decidir cuál se queda conmigo.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí. He intentado marcharme sola varias veces, dos de ellas a escondidas, pero siempre se han enterado y me lo han impedido, de un modo u otro, incluso recurriendo a falsas zalamerías.

—Y no estás bromeando —insistió Adam.

—No. Soy... soy como una prisionera que les sirve para divertirse por las noches en el Hurricane Saloon mirándome las piernas y el escote y silbándome, por las mañanas para regalarles la vista viéndome pasear por el pueblo... Y mientras tanto, los más poderosos están... decidiendo quién va a llevarme a su cama... o meterse en la mía. Aunque entiendo que lo que están jugándose es el primer turno, y que luego... seguirán los demás.

—Eso podría significar que, andando el tiempo, todos los hombres del pueblo se habrían acostado contigo, ¿no te parece?

—Eso es lo que me temo... ¡Dios mío, este lugar es horrible!

—Acabaré por creerte, pues ya has dicho antes eso mismo. ¿Y por qué me has elegido a mí para hacerte de caballero salvador?

—Porque... porque me pareció... que eras un hombre fuerte, valiente y amable.

—Atiza —sonrió Adam Kinkaid—, ¡pues no eres tú nadie echando piropos, cariño! En fin, que pensaste que era la clase de caballero que por una dama se dejaría hacer rodajas. Sobre todo si la dama en cuestión le hacía unos cuantos mimitos.

—Eso lo hice para que Benny hiciera correr la voz de que ya nos conocíamos, y muy bien..., que en realidad eras mi hombre; no podía dar la impresión de que me iba con el primer forastero que llegaba, pues eso les habría encolerizado. En cambio, si ya eras mi hombre...

—Pero bien debe sorprenderles que de buenas a primeras aparezca tu hombre, cariño.

—No. Es que yo... hace tiempo que les digo que... que te estoy esperando, y así los he ido... entreteniéndolos. Y ellos... Bueno, les he dicho que más les valía a todos no molestarme demasiado, porque mi... mi hombre es muy celoso y... peligroso con las armas, y... y... Al verte pensé... que podías... ser ese hombre.

—Ya. Y te dedicas a ponerme caliente para luego decirme que de eso nada: que ni pelirroja gordita ni rubia flaquita. Vamos, que sin comerlo ni beberlo, llego a este pueblo y me encuentro con una novia que me besa en público y que en privado ni siquiera quiere dejarme ver sus pechos.

—Me has visto desnuda..., y me estás viendo los pechos.

—La vista no lo es todo, cariño. Pero volvamos al principio: tú misma has dicho que si estuvieras en mi lugar echarías a la rubia de tu cama y te harías traer la pelirroja. ¿No has dicho eso?

—Sí.

—Pues, ya sabes lo que has de hacer —Adam señaló con el pulgar por encima del hombro hacia la puerta—: Lárgate.

—Pero... si me echas así..., si me voy ahora... ¡estaré definitivamente perdida! Quedaré en ridículo, sabrán qué les he estado mintiendo, comprenderán que quería escaparme engañándoles... ¡Oh, Dios mío!

—No creo que sea tan terrible estar en un pueblo donde todo el mundo te quiere.

—¡Sólo me quieren para divertirse con mi cuerpo!

—Eso también es bastante normal. Escucha, Lulu Belle, yo llegué a este pueblo pensando en una buena comida, una buena cama, una buena mujer a ser posible pelirroja y gordita. No tengo por qué privarme de nada, así que... toma una decisión, ¿quieres?

—O sea —susurró ella—, que me quedo contigo en la cama y haces conmigo tu capricho..., o tengo que marcharme.

—Ni más ni menos, corazón.

—¿Me... me llevarías contigo lejos de aquí cuando te marches..., si me quedo contigo... y te complazco en todo? ¿Me sacarías de éste lugar?

—No veo en ello ningún inconveniente.

—Entonces, me quedo.

—Y echaremos todos los polvos que yo quiera —puntualizó Adam.

—Sí... Sí.

—Perfecto. Pues vamos a echar el primero mientras esperamos el almuerzo. Apuesto a que te gusta mucho el champán.

—Sí.

—Espero gustarte también yo —sonrió Adam Kinkaid.

Se desnudó, se metió en la cama, abrazó a Lulu Belle, y la besó profundamente en la boca. Y ahora en serio, tomando la iniciativa. Notaba el cuerpo de ella tenso, crispado, pero no le importó. Comenzó a acariciarla, a deslizar sus manos grandes y quemadas por el sol sobre la sedosa piel que parecía de seda blanca, y que vibraba en continuos estremecimientos... Desde la calle llegaba un rumor apagado, apenas perceptible, y el resplandor del sol de mediodía.

Era como estar envueltos en blandos sonidos, en luz y en fuego...

Con una mano bajo el seno izquierdo de Lulu Belle, Adam percibía los violentos latidos del corazón femenino. Ahora sentía ardiente la piel de ella y la suya propia. No sabía el tiempo que había pasado, no sabía cuánto tiempo llevaba besando y acariciando a Lulu Belle.

Sólo supo que, cuando por fin la penetró vigorosamente, ella emitió un breve y suave quejido, se abrazó a su cuello, y todo su cuerpo comenzó a temblar como si fuese a saltar finalmente en pedazos...

Cuando más tarde sonó la llamada al otro lado de la puerta; los dos estaban inmóviles, silenciosos, relajados. Adam todavía aplastando con su cuerpo el de Lulu Belle.

—La comida, señor Kinkaid —oyeron la voz de Benny.

Ninguno de los dos se movió. Adam notaba en su espalda las manos de Lulu Belle, abiertas, tibias, quietas. Ella las retiró en cuanto él inició el movimiento para separarse. Adam salió de la cama, se puso los pantalones, y fue a abrir cautelosamente la puerta. Afuera estaba la bandeja con comida y un cubo con una botella de champán en hielo picado. Lo entró todo, cerró, y se volvió a mirar a Lulu Belle.

—¿Tienes apetito? —murmuró.

Ella no contestó. Le miraba fijamente, eso era todo. Giró para quedar de costado y encogida, y Adam se le acercó y la besó en un hombro.

—Vamos, sé razonable —susurró—. ¿Tan malo ha sido? Hemos hecho un trato, y no veo que sea una tragedia para ninguno de los dos. Vamos, Lulu

Belle, sólo tenemos que saber afrontar las situaciones, y todo nos irá bien en la vida.

—Está bien —murmuró ella—. Me gustaría tomarme una copa de champán.

—Conforme —sonrió Kinkaid—. Vamos a almorzar bien, nos sentiremos satisfechos y alegres, dormiremos una espléndida siesta con algún que otro polvo para amenizarla, y ya verás cómo incluso acabas por encontrarle gusto a nuestras relaciones. No creo ser tan repugnante, cariño.

Ella giró ahora para mirarlo, y dijo:

—No, pero... tú querías una pelirroja gordita y bajita, y yo soy rubia, alta y delgada.

Adam Kinkaid torció el gesto, y masculló:

—No todo había de ser perfecto.

—¿Estás despierta, Lulu Belle?

Ella no se movió. Adam se había quedado dormido no sabía cuánto tiempo antes, después de hacer el amor, todavía dos veces más tras el formidable almuerzo. Finalmente, el cansancio de todas sus actividades juntas, el calor y la buena comida, y el relajamiento que le proporcionaron la satisfacción de otras necesidades y placeres, lo vencieron y quedó dormido. En la calle parecía que reinaba menos actividad todavía, y había en el ambiente un resplandor de sol que parecía de oro hirviendo. Afuera debía hacer un sol de más de cien mil demonios. En la mejor habitación del Mayflower Hotel, en la cama, Adam Kinkaid había despertado abrazado a Lulu Belle..., que finalmente contestó en un murmullo:

—Sí.

Él esperó todavía otro minuto, acariciándola. Sus manos grandes y bronceadas eran como grandes manchas de barro sobre la blanca piel de ella... Por fin la apartó de él y la hizo colocarse de modo que podían mirarse a los ojos. Los de ella se veían enormes, bellísimos, resplandecientes...

—¿Conoces a un hombre llamado Raymond Kirby? —preguntó Adam.

Los ojos de ella se abrieron un poco más, en las pupilas pareció estallar como un grito de miedo cuando se dilataron un instante. Adam, que tenía la mano izquierda sobre el seno derecho de ella, percibió el estremecimiento que hizo vibrar todo el cuerpo.

—No —dijo Lulu Belle—. No.

—¿Estás segura?

—No le conozco... No.

—Ahora somos verdaderamente amantes —sonrió secamente Adam—, de modo que sería absurdo que me mintieras. Vamos, cariño, sé que ese nombre te suena, ¿no es cierto? Es lógico, pues es el de un hombre que fue ahorcado en este pueblo hace unas pocas semanas. Se le juzgó, se le condenó por asesinato, y al día siguiente lo ahorcaron. Raymond Kirby. ¿Te suena o no?

—Sí. Todo fue como... como tú has dicho.

—Bien. Y escucha esto: si encima que no eres pelirroja ni gordita vas a mentirme la cosa va a molestarme bastante, ¿comprendes?

—Sí.

—De acuerdo. ¿Te viene de gusto que lo hagamos otra vez?

—Si tú quieres hacerlo...

—Escucha, si yo quisiera lo haría. Te estoy preguntando a ti si quieres que echemos otro polvo.

—Lo que tú quieras, Adam.

—Maldita sea mi estampa —gruñó Kinkaid—. Volvamos a lo del tal Raymond Kirby. ¿A quién asesinó?

—A un sujeto que estaba de paso en el pueblo, que llevaba mucho dinero...

—¿Recuerdas cómo se llamaba ese sujeto?

—Sí: William Gulik.

—Bien. De modo que Raymond Kirby asesinó a William Gulik y le robó una gran cantidad de dinero. Está bien. ¿Podrías explicarme por encima pero bien cómo ocurrió todo eso?

—Lo que yo sé es que Kirby estaba de paso en el pueblo, y también el otro, William Gulik. Primero había llegado Kirby, y luego el otro. Se conocieron en el Hurricane, tomaron unas copas... Bueno, no sé cómo fueron las cosas hasta la madrugada, en que Gulik fue encontrado degollado en un callejón, sin el dinero. Kirby no estaba en el pueblo, así que salieron tras él. Lo encontraron durmiendo borracho a unas pocas millas de aquí. Tenía el cuchillo manchado de sangre, así que la cosa estaba bien clara. Lo juzgaron y lo ahorcaron al día siguiente.

—¿Y el dinero?

—El dinero no fue hallado.

—No me digas que no pudieron hacerle confesar a Kirby dónde lo había escondido.

—Lo intentaron. Creo... creo que le dieron una buena paliza, pero él decía que no sabía nada, que no había asesinado a Gulik, que ni siquiera se había emborrachado. Pero todos dijeron que estaba tan borracho cuando mató

a Gulik que ni se acordaba de ello..., ni se acordaba tampoco del lugar donde había escondido el dinero. Lo dieron por perdido, y a él lo ahorcaron.

—¿No fueron demasiado severos? Si estaba borracho no sabía lo que se hacía, ¿verdad?

—En este pueblo... no se puede... faltar a la Ley ni así —señaló Lulu Belle la punta de uno de sus dedos—. Son implacables. El *sheriff* Kademan es... es un hombre... que no admite disturbios ni la más pequeña infracción.

—¿Cómo es físicamente?

—Alto, muy fuerte, guapo..., y pelirrojo.

—Hombre, ya tiene algo bueno —sonrió torcidamente Adam—. Supongo que sabe manejar bien el revólver.

—No hay nadie que pueda vencerle... Nadie.

—Ya. ¿Qué tal son las demás personas de este pueblo?

—Bueno, todos son... muy honrados, y no admiten... que venga nadie a traer complicaciones. Son hospitalarios, pero cuando algún forastero se pasa de la raya no se andan con contemplaciones. Ya... ya han... ahorcado a varios... A bastantes.

Durante unos segundos Adam Kinkaid estuvo mirando fijamente a la muchacha. Luego, dejando de acariciarla, salió de la cama, se procuró el tabaco de sus ropas, y sentándose en el borde de la cama junto a Lulu Belle procedió a liar un cigarrillo, que al terminar lo ofreció a la espléndida rubia.

—¿Fumas?

—No.

Kinkaid encendió el cigarrillo, y estuvo más de un minuto fumando y mirando el humo a contraluz solar. Había un ambiente de insólito silencio en Maytown, y el sol, afuera, parecía haberse paralizado, convertido realmente en oro, en metal resplandeciente. Tal vez serían las tres de la tarde, o las tres y media.

—No hay niños ni perros —susurró de pronto Kinkaid.

—¿Qué?

La mirada de él, perdida antes hacia el sol, se posó en los ojos de ella.

—No sé si tú te has dado cuenta —susurró—, pero en éste pueblo no hay niños ni perros. Al menos yo no los he visto, ni oído. En todos los pueblos he visto niños, y cuando menos he oído ladridos de perros... Aquí no, no hay nada de eso. ¿O me equivoco?

—No —tragó saliva Lulu Belle—. Ahora que lo dices... Es verdad, no hay perros ni niños en Maytown. ¡Dios mío, es cierto! ¡Y de eso no me había dado cuenta yo!

—¿De qué te habías dado cuenta?

—No sé... Sólo sé que al poco de llegar... quise marcharme, pero no me dejaron. Y llevo... llevo mucho tiempo queriendo marcharme... ¡Adam, es un lugar siniestro!

—Además de horrible —sonrió Adam con un lado de la boca nada más.

—¡Es horrible y siniestro!

Kinkaid asintió, y fue hacia el balcón. Estuvo mirando al exterior varios minutos. Todo estaba limpio, todo era agradable, había hermosos árboles y arbustos de flores, se veían blancas vallas bajas de jardines encantadores frente a las casas bien pintadas... No había niños ni perros. Adam volvió la cabeza, y murmuró:

—Tal vez estén en sus casas unos y otros, y por eso yo no los haya visto ni oído.

—No —rechazó Lulu Belle—. Ya te digo que me has hecho reparar en ello. Nunca he visto niños ni perros en Maytown. Sólo hombres y mujeres. Personas adultas, quiero decir.

Adam asintió, volvió a mirar a la calle, terminó el cigarrillo, y fue a tirar la punta dentro del cubo donde había estado la botella de champán. Volvió a sentarse en el borde de la cama junto a Lulu Belle.

—Si ese *sheriff* Kademan es tan honrado..., ¿cómo permite que no te dejen marcharte del pueblo? Eso no es legal, ¿verdad? Cada cual puede ir adónde le plazca, que yo sepa. Por tanto: ¿cómo permite él que a ti no te dejen marcharte y que mientras unos disfrutan viéndote los otros estén negociando o discutiendo cuál de ellos se te tira primero?

—Sólo sé... que lo están haciendo. Me siento... me siento como... un pájaro atrapado en una jaula... dentro de la cual hay muchos gatos... ¡Dios mío, daría cualquier cosa por marcharme de aquí esta misma tarde, Adam!

—Yo diría que ya lo has dado —sonrió de pronto Kinkaid.

—¿Me ayudarás? —se abrieron mucho los ojos de Lulu Belle—. ¿Me sacaras de aquí?

—Ya has pagado por ello, ¿no?

—Pero no tengo... ningún recibo.

—Ya entiendo. Estás acostumbrada a tratar con gente dura, ¿no es así?

—Una cosa es gente dura... y otra cosa es... este pueblo.

—Entiendo. Hay una cosa que me gustaría saber: ¿cómo una chica como tú se metió a bailarina de saloon?

—¿Qué quieres decir con eso de «una chica como yo»?

—No eres precisamente una zorra, ¿sabes? Tampoco creas que me pareces una doncella angelical, pero lo cierto es que no hay mucho parecido entre tú y las otras chicas de saloon que he conocido.

—Lo que a mí me gustaba era bailar —desvió la mirada Lulu Belle—, así que cuando alguien me ofreció ayudarme a conseguirlo me lo creí todo... Cuando me di cuenta estaba desflorada y trabajando en un saloon sirviendo cerveza y *whisky*, y teniendo que permitir que me metieran mano por todas partes... Puedes creerlo o no, pero no pude encontrar el modo de salir de eso... Así que pensé que lo mejor, a fin de cuentas, ya que tenía que seguir en eso, era ser de verdad bailarina..., y encontré algunos amigos que me ayudaron. No sé si me entiendes.

—Mujer, claro. Digamos que no soy el primer tipo que te dice que si quieres tal cosa tú tendrás que ofrecer tal otra.

—No, no eres el primero que a cambio de poco obtiene de mí lo que anda buscando.

—O sea, que a ti te hemos convertido definitivamente en una chica de saloon, y nosotros nos hemos comportado como cerdos. ¿No es eso?

Lulu Belle no contestó, limitándose a mirar fijamente a Kinkaid. Éste se puso en pie, fue adonde había dejado sus ropas, y comenzó a vestirse. Cuando terminó se colocó el cinto, desenfundó el revólver, y abrió el cilindro, sacando las balas, que sopló y volvió a colocar cuidadosamente. Miró de pronto a Lulu Belle.

—Voy a dar un paseo —informó—. Nos veremos a la hora de la cena. O mejor en el Hurricane esta noche. ¿Sales a actuar?

—¡Pobre de mí si no lo hago! —exclamó ella.

—Bien... Bien. Hasta luego.

—Adam... Adam, ¿me sacarás de aquí?

Kinkaid movió la cabeza con un gesto de incertidumbre.

-Todavía no sé si saldré yo, cariño.

Abrió la puerta y salió.

Cuando apareció en la calle parecía que el ambiente comenzaba a animarse un poco. El sol ya no era de cien mil demonios, el calor comenzaba a ceder, las sombras se alargaban, había más lugares donde cobijarse.

Adam Kinkaid tardó apenas tres minutos en localizar el parador de las diligencias de la Texas Overland.

CAPÍTULO III

Detrás de la ventanilla enrejada había un empleado en mangas de camisa que parecía estar muriendo lentamente al sopor de la tarde. Llevaba una visera, chalina mugrienta, y las mangas de la camisa sujetas con unas gomas.

Adam se colocó ante la ventanilla, en silencio. El empleado lo vio al abrir mortecinamente los ojos tras una cabezada más violenta que las otras, y respingó y se sentó bien. Acto seguido se puso en pie, y se acercó a la ventanilla, carraspeando.

—¿Qué desea? —gruñó.

—Un pasaje para la diligencia más próxima. Para la que salga antes de aquí.

—¿Para dónde?

—¿Qué?

—Que adónde quiere usted ir. Es que según adónde vaya el pasaje le costará, más o menos. ¿Comprende?

—Claro, Bueno, pues no sé para dónde quiero el pasaje, pero usted si debe saberlo: deme un pasaje para el mismo sitio al que Lulu Belle ha querido ir las anteriores ocasiones. ¿Me comprende?

El empleado de la Texas Overland se quedó mirando fijamente a Kinkaid. Por fin, parpadeó, como si acabaran de desbloquearlo, y asintió.

—Destino San Antonio de Texas —murmuró—: treinta y siete dólares con sesenta centavos.

Adam Kinkaid sacó su enorme fajo de billetes, separó la cantidad requerida, recogió el pasaje y el cambio de los cuarenta dólares, y, sin más, se dirigió hacia la puerta, guardando dinero y pasaje.

Ni siquiera un minuto más tarde entraba en el Hurricane Saloon, que estaba sumido en agradable penumbra, y en el que apenas había media docena de parroquianos, y todos sentados alrededor de una mesa, jugando a los naipes y tomando cerveza. Adam se acodó en el mostrador, mirando al sujeto gordo y peinado con fijapelo que le contemplaba inquisitivo.

—*Whisky* —y sonrió al añadir—: del mejor. Y hablo en serio.

El camarero asintió. Las cabezas de los jugadores de naipes se volvieron un instante hacia Kinkaid. Éste lió un cigarrillo, lo encendió, y valoró el local. Estaba francamente bien, no se podía negar. Amplio, limpio, con un ancho palco tras el mostrador, como perdido entre los estantes que sostenían cientos de botellas. Dos grandes ventanas, una a cada lado de las puertas batientes de la entrada, permitían ver la calle desde la mitad de ellas hacia arriba, pues la mitad inferior estaba pintada de colores...

—Éste es un buen *whisky*, forastero —dijo el camarero—. Compruébelo.

Adam se volvió, esperó a que terminaran de servirle, bebió un sorbo, chascó la lengua, y asintió.

—Sí, señor —dijo como cantando—. Lo es. Un *whisky* excelente. Lo que no me sorprende nada, pues todo en este pueblo parece de primera calidad. ¿Hay atracciones esta noche?

—Esta noche y todas las noches —dijo el camarero—. Y tenemos la más linda y graciosa bailarina de todo el Oeste americano, y otras doce chicas muy... divertidas.

—Entiendo —sonrió Adam—. Supongo que esa bailarina linda y graciosa es Lulu Belle, mi novia.

En la boca del camarero hubo como un brusco tirón hacia un lado.

—¿Usted es el forastero llamado Kinkaid? —exclamó incontinentemente.

—Ya veo que Benny tiene la lengua muy suelta —sonrió Adam—. Sí, yo soy Kinkaid.

Los jugadores de cartas estaban mirándole de nuevo, todos en silencio. Parecían petrificados, igual que ahora el camarero.

Las batientes de la entrada se movieron hacia dentro, y dos sujetos altos, delgados, de lento caminar, entraron y se fueron hacia el mostrador, colocándose a cierta distancia de Adam Kinkaid, que los miró inexpresivamente.

—Joey, sírvenos *whisky* —pidió uno de ellos—. Enseguida. De esa misma botella que tienes en la mano.

—Éste es del caro —advirtió Joey, acercándose a los dos sujetos.

—No importa —sonrió el otro—. Nos convida al forastero. ¿Verdad que sí, forastero?

—¿Por qué habría de hacerlo? —sonrió también Kinkaid.

—¿Y por qué no? Un hombre tan rico como usted no se va a poner a escatimar ahora unos cuantos centavos:

—¿De dónde ha sacado usted que yo soy rico?

—¡Hombreeee...! Tiene que serlo, para hacer lo que está haciendo. Primero se queda con la mejor habitación del Mayflower, se acuesta con la mejor mujer del pueblo, beben champán, y encima va usted a sacarle billete en la diligencia. Luego viene aquí y se regala con el mejor *whisky*... ¿No le parece que para hacer todo eso hace falta tener buen dinero?

—Sí —admitió Adam—, tiene usted razón. La verdad es que soy bastante rico.

—¿Lo ve, hombre? —rió el otro, gozoso—. Bueno, Joey, sírvenos la invitación del señor Kinkaid. Se llama usted Kinkaid, ¿verdad?

—Así es —sonrió de nuevo Adam.

—Yo oí hablar hace años de un Kinkaid, allá por todo el Sur de Texas. Decían que era un diablo con el revólver... ¿Tiene usted algo que ver con él?

—Tal vez.

—Pero aquel Kinkaid no era rico.

—Bueno, a veces la fortuna aparece, y los pobres se convierten en ricos.

—Caray, me gustaría que eso me pasara a mí... Entonces, ¿es usted el Kinkaid de la frontera?

—Tal vez.

—Escuche, amigo, cuando yo hago una pregunta...

—Escuche usted —le interrumpió amablemente Kinkaid—, y escuche bien, porque no lo repetiré. Lo primero de todo, que yo no soy su amigo, así que no tengo por qué invitarle a nada ni contestar a sus preguntas. Lo segundo, que no se meta en mi vida, ni pasada ni presente. Y lo tercero, que si andan buscando bronca la cosa es fácil: sólo díganlo.

Talmente pareció que el silencio cambiase de tono dentro del Hurricane; se convirtió en lo que suele llamarse silencio de muerte. Los dos sujetos se veían tensos y furiosos, y Joey, empezando a temer por las consecuencias de una pelea a tiros dentro del local, quiso aliviar la situación.

—Bueno —dijo—, la casa paga por esta vez así que...

—Cierra la boca —gruñó el otro sujeto.

—Escucha, Murray, no quiero jaleos. Ni tú ni Samuelson tenéis razón, de modo que...

—O cierras la boca, o te corto el rabo y te lo meto en ella. Y ya sabes a qué rabo me refiero. ¿O no tienes rabo?

Samuelson emite una risita, y Murray, al ver que había hecho gracia, rió también. Siete u ocho pasos más allá Adam Kinkaid bebía su *whisky* imperturbable. Terminó el contenido del vaso, y dijo:

—¿Me sirve otro, por favor, Joey?

Éste hizo intención de regresar ante él, pero Samuelson le quitó la botella de las manos, y la colocó ante él, diciendo:

—Si tiene usted tantos cojones como presume, Kinkaid, venga a por la botella.

—Sí, eso —rió Murray—. ¡Venga a por la botella!

Adam Kinkaid frunció el ceño, y quedó pensativo. Parecía estar debatiéndose en un mar de dudas. Por fin, asintió, como poniéndose de acuerdo consigo mismo, y se encaminó sosegadamente hacia los dos matones, que comenzaron a moverse muy despacio para tomar posiciones adecuadas...

No tuvieron tiempo de nada.

De nada.

Todavía estaba Kinkaid a dos pasos de Samuelson cuando, inopinadamente, alargó el compás de sus largas piernas, de modo que salvó la distancia con una sola zancada..., mientras alzaba la otra pierna y propinaba a Samuelson tal punterazo en los testículos que el matón pareció talmente un globo al que de pronto le retiraran el aire: se arrugó, se encogió, los ojos casi saliéndosele de la cara descompuesta y sin aliento siquiera para expresar el espantoso dolor.

Por supuesto que Adam Kinkaid había dejado de hacerle caso enseguida, dedicando su atención, con toda lógica, a Murray, que por supuesto pretendió resolver la situación a la brava y de modo expeditivo, esto es, sacando el revólver para disparar contra Kinkaid.

Realmente no tuvo tiempo de nada.

Kinkaid saltó hacia él esquivando la lenta caída de Samuelson, y le agarró la muñeca antes de que la mano pudiera tan siquiera tocar la culata del revólver. Tiró de la muñeca hacia abajo, tan bruscamente que todo el cuerpo de Murray se movió como bajo los efectos de un latigazo al tiempo que la cabeza bajaba un poco.

El puñetazo en la barbilla fue escalofriante, haciéndola crujir como si dos piedras acabasen de chocar con toda violencia. La cabeza de Murray retumbó, éste puso los ojos en blanco, y, simplemente, retenido por la muñeca por Kinkaid, se vino abajo como muerto, cayendo cruzado encima de Samuelson merced al hábil movimiento con que lo orientó Kinkaid, que entonces sí soltó su muñeca, giró hacia el mostrador, tomó la botella, y regresó a su sitio, para servirse un *whisky*.

El zumbido del vuelo de una mosca habría parecido una noche de rayos y truenos dentro del local.

Adam Kinkaid paladeó de nuevo el *whisky*, y repitió:

—Sí, señor excelente. Apuesto a que fue aquí adonde Benny vino a buscar la botella de champán. ¿A que sí, Joey?

—Sí... Sí, señor.

—Lo sabía. Sea tan, amable de venderme otras dos... O mejor todavía, póngalas a enfriar. ¿Sabe cómo se hace?

—Claro. La de antes ya prueba que...

—No, no, no... Y no se lo tome a mal, Joey. Le diré cómo tiene que ponerlas a enfriar: las envuelve con un trapo grueso y seco, y entonces sí, las rodea de hielo picado, pero no muy fino, sino a grandes trozos; de éste modo, el champán se va enfriando más lentamente, con lo que conserva mucho mejor su sabor y se sirve a una temperatura más adecuada. ¿Me ha comprendido?

—Sí... Si señor.

—Bien. ¿Le pago ahora o me pasará la cuenta al hotel?

—No hay prisa, señor Kinkaid... Le pasará la cuenta... al final.

—Al final... ¿de qué?

—De su estancia en Maytown.

—Ah. De acuerdo. Ya nos iremos viendo;

Se acercó a Samuelson, que estaba haciendo esfuerzos por incorporarse, y le aplicó un punterazo en el estómago que bien podía haber matado un toro. Samuelson pareció decir adiós a la vida con un suspiro roto, y se derrumbó como muerto.

Adam Kinkaid abandonó el Hurricane Saloon y otro minuto más tarde entraba en la oficina del *sheriff*.

Sentado tras su mesa, tomando un café recién preparado a fin de terminar de recuperarse del sopor de la siesta, el gigantesco y pelirrojísimo *sheriff* John Kademan se quedó mirando con suma atención al forastero, que se detuvo ante su mesa y sonrió amablemente.

—¿*Sheriff* Kademan? —inquirió.

—Sí.

—Supongo que usted ya sabe quién soy yo. Benny ha hablado lo suficiente para que mi nombre y mis... relaciones con Lulu Belle no sean un secreto para nadie.

—Así es, señor Kinkaid —apareció el interés en los verdosos y fríos ojos del *sheriff*.

—Bien. He venido a presentar una denuncia.

—Una denuncia —repitió Kademan, totalmente olvidado de su café y por supuesto del todo despejado ahora—. ¿Contra quién?

—De momento contra unos sujetos llamados Samuelson y Murray, que prácticamente han pretendido asaltarme. Bueno, la verdad es que pretendían que les invitara a *whisky* contra mi voluntad, es decir, privarme de mi dinero en beneficio de ellos. Imagino que eso debe ser un delito.

—Habría que estudiarlo —comenzó a sonreír Kademan—. Lamentablemente, en Maytown no tenemos juez..., y no vamos a ir a buscarlo para una cosa de tan poca importancia.

—Ya veo. Si fuese para juzgar a alguien a fin de ahorcarlo sí que irían a buscarlo, ¿eh?

—Sí, para una cosa así iríamos a buscarlo, desde luego. Y a toda prisa, pues no nos gusta perder el tiempo. Cuando alguien ha hecho algo malo y hay que ahorcarlo, se le cuelga... ¿Por qué esperar días y días gastando dinero del contribuyente?

—Es una gran medida de ahorro. ¿Qué me dice de mi denuncia?

—Le he dicho ya que la estudiaremos, señor Kinkaid.

—Exijo que lo estudien pronto y que hagan cumplir la Ley. Ya. No mañana, sino hoy. Ahora.

—Comprendo. Y se me ocurre que quizá usted tenga alguna sugerencia al repecho.

—La tengo. Yo creo que lo menos que merecen dos hombres que han pretendido asaltar a otro es un par de semanas de cárcel. Pero tampoco hay que ser tan intransigente, así que podríamos dejarlo en dos días.

—Es usted muy benévolo. O sea, que tengo que encerrar dos días a Samuelson y Murray.

—Será lo mejor para ellos. Quiero decir que si vuelven a molestarme los mataré. Así que considero preferible que mientras yo esté en Maytown ellos estén en un calabozo.

—Ajá —asintió fríamente Kademan—. ¿Algo más, señor Kinkaid?

—Sí. ¿Puede indicarme el camino al rancho del señor Carpenter?

Los párpados de felino del *sheriff* se entornaron.

—¿Para qué busca usted al señor Carpenter? —susurró.

—Se lo diría con mucho gusto, pero quizá sea el señor Carpenter quien prefiera que no se meta usted en nuestros asuntos.

—Ya —crispó los labios Kademan—. Ya, ya. Pero también podría ser que el señor Carpenter se molestase por decirle a un forastero dónde encontrarlo.

—Puedo preguntar a cualquier vecino de Maytown.

—Hágalo —sonrió Kademan—. Tal vez se lo digan. Aunque lo más práctico sería que usted esperase en el pueblo, pues el señor Carpenter suele

venir todas las tardes. O casi todas. Si no viene hoy vendrá mañana, pues tiene diversos negocios que atender aquí, y por las mañanas hace demasiado calor.

—Hay que cuidarse —asintió Kinkaid—. Bueno, supongo que tengo tiempo de cortarme el pelo.

—No se preocupe, que el señor Carpenter permanece en el pueblo el tiempo suficiente. ¿Alguna otra cosa?

—Pues sí. ¿Apareció ya el dinero de William Gulik?

—¿De quién?

—Del sujeto al que un tal Raymond Kirby asesinó a cuchilladas para luego esconder el dinero de Gulik y él tumbarse a dormir la borrachera de madrugada.

Kademan se pasó la lengua por los labios, muy despacio.

—No —murmuró—, no apareció ese dinero.

—Vaya, qué mala suerte. Pero al menos le dieron su merecido a Raymond Kirby, ¿eh?

—Eso pensamos. Nosotros queremos dejar siempre bien sentado que aquí, en Maytown, el que la hace la paga.

—Me parece bien. Y no la olvidaré. Bueno, voy a cortarme el pelo, y me gustaría que al salir de la peluquería ya hubiese usted encarcelado a Samuelson y Murray.

—Permítame que sea yo quien tome las decisiones sobre mi trabajo, señor Kinkaid. ¿Sí?

—¿Por qué no? —sonrió Adam—. Última pregunta: ¿cómo es que no hay perros ni niños en este pueblo?

John Kademan se quedó con la boca abierta, y los párpados como petrificados... Adam Kinkaid sonrió de nuevo, fue hacia la puerta, y la abrió. Ni siquiera se despidió del *sheriff*.

Se fue directo a la barbería más cercana, la del veterano Al Curson, que lo recibió expectante. Había cuatro o cinco hombres dentro de la barbería, pero Kinkaid comprendió enseguida que no estaban allí para cortarse el pelo o afeitarse, sino de tertulia, y que se habían enterado ya de lo sucedido en el Hurricane y ahora estaban atentos, esperando los siguientes acontecimientos. Igualito que los buitres esperan el momento final de una presa moribunda.

—¿Tendré que esperar mucho? —preguntó.

—No, señor —respingó Al Curson—. ¡Le atiendo ahora mismo!

—Ah... Como he visto a estos caballeros esperando...

—No se preocupe, no se preocupe. Ellos no tienen prisa, señor Kinkaid.

—Yo tampoco —sonrió éste—, pero ya que son tan amables.

Ocupó el sillón que le señalaba el barbero, y por medio del espejo vio a los contertulios de aquél mirándolo con ojos saltones de curiosidad y excitación. Bueno, era inevitable que la cosa se fuese animando a medida que él fuese haciendo cosas en Maytown. ¡Y lo que quedaba por ver...!

—Me gustaría —dijo Adam cuando Curson se disponía a comenzar a cortarle el cabello— qué después de afeitarme me pusiera usted algo... ¿Cómo diría yo...? Que fuese agradable pero que no olera a sobaco de puta. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí, señor —tartamudeó. Al Curson—. ¡Sí, señor, sí, señor...!

—Y dos pasadas —sonrió de oreja a oreja el tejano—: cuando uno se afeita, pues se afeita, ¿no le parece?

-Sí, señor... ¡Desde luego, señor Kinkaid! Quedará usted satisfecho.

Casi una hora más tarde, ya calmada la mayor parte de la furia solar, Adam Kinkaid salía de la barbería bastante satisfecho: cepillado, cortado el cabello, afeitado con dos pasadas, oliendo a algo que no sabía qué era, pero que no le parecía mal, y pensando que no hay nada como adquirir fama de ser un tipo de cuidado para ser siempre bien tratado en todas partes...

Y por supuesto, dándose perfecta cuenta de que no había absolutamente nadie en la calle, y que en ésta parecía flotar un silencio hecho con sol, polvo y muerte.

Apretó los labios y continuó su camino hacia el hotel.

CAPÍTULO IV

Hay gente que no escarmienta.

Esto ya lo sabía Adam Kinkaid, pero se convenció definitivamente cuándo vio aparecer a Murray y Samuelson en uno de los porches de la acera hacia la cual se dirigía. Habían estado a la sombra, y ahora aparecían ante él, en actitud claramente amenazadora.

La cosa era sorprendente. Tanto, que Kinkaid frunció el ceño... No es que le sorprendiese que Samuelson y Murray quisieran matarlo, sino que pretendieran hacerlo de aquel modo, de frente, declaradamente, dando la cara... Esto era insólito en tipejos como ellos...

—¡Eh, Kinkaid! —gritó Samuelson.

—Adam se detuvo. Los dos matones descendieron a la calzada. Caminaban como dos pavos reales, con las manos cerca de sus revólveres, como si estuvieran dando una representación en un circo. Se las habían arreglado para que el sol pillara casi, de cara a Adam, calculando que le molestaría bastante.

Y así era. Le molestaba bastante.

De modo que Adam se echó el sombrero un poco más adelante, y cuando los dos matones estuvieron más cerca, preguntó:

—¿Qué queréis, hijos de puta?

Los vio palidecer por la rabia, y sonrió divertido. Les estaba facilitando toda la comedia. ¿Para qué dejarles exhibir sus estúpidas fanfarronadas, sus absurdos pretextos para disparar contra él? Les llamaba hijo de lo que eran y asunto en marcha.

Y que gane el mejor.

Los dos se habían detenido en seco, y Samuelson jadeó:

—¡Aquí no hay más hijo de puta que tú!

—Adam Kinkaid desenfundó el revólver y le metió una bala en el corazón a Samuelson.

Así de simple. Así de rápido. Visto y no visto. Sin comedias ni truculencias: Adam Kinkaid desenfundó a velocidad de locura, disparó, y la

bala se hundió en el corazón de Samuelson. Eso fue todo... Todo para Samuelson, desde luego, porque la cosa no terminó aquí.

Naturalmente, Murray quiso disparar también, aprovechando precisamente que, al tener que ocuparse Kinkaid de Samuelson, perdería tiempo y él podría acribillarlo. Pero se equivocó, porque Kinkaid no perdió el tiempo. No perdió ni una décima de segundo. Lo que hizo fue disparar contra Samuelson, y enseguida, sin más miramientos, contra Murray, que estaba desenfundando su revólver.

En realidad fue como un solo disparo alargado, resonante.

La segunda bala acertó a Murray en la boca, la destrozó, provocando un espectacular surtidor de sangre, y llegó al fondo de la nuca, por donde salió provocando más destrozos y arrastrando espectacularmente a Murray, derribándolo de espaldas de modo que sus pies parecieron querer llegar, al cielo en un grotesco salto...

Casi al mismo tiempo sonaba el disparo de rifle..., cuando Adam Kinkaid saltaba hacia un lado y se volvía hacia la acera que había dejado a su espalda, lanzando ya la mirada en busca del tirador que no podía faltar.

Lo sabía perfectamente. Sabía que dos tipejos como Samuelson y Murray sólo podían dar la cara cuando estaban convencidos absolutamente del triunfo. Y dos desgraciados como ellos, dos asesinos de baja estofa, sólo podían estar seguros tendiendo una trampa a su adversario.

Trampa que falló. No sólo porque Kinkaid había reaccionado a tal velocidad, que cuando funcionó la trampa Samuelson y Murray ya estaban muertos, sino porque mientras disparaba había, cambiado su posición, de modo que la bala disparada por un rifle potente zumbó junto a él y rebotó blandamente en el polvo.

Adam Kinkaid ya estaba viendo la nubecilla de humo del disparo y al hombre que lo había efectuado.

Estaba en el tejado de una casa, asomado al pretil, y se disponía a disparar de nuevo.

Los dos disparos sonaron a la vez. Adam Kinkaid sintió como un ardiente lametazo en el muslo izquierdo, pero cuando hizo el gesto de dolor y retroceso ya su bala había partido..., y mucho mejor disparada que la que le había herido a él.

En el borde del tejado el sujeto del rifle gritó, soltó el rifle, y se llevó las manos al abdomen. Su sombrero había saltado por el aire, y el sol le daba ahora de lleno en la cara. Un desconocido para Adam Kinkaid, un amigote de Samuelson y Murray, que había querido ayudarles, para divertirse los tres...

El hombre estuvo como suspendido entre cielo y tierra quizá tres segundos, en un gesto sobresaltado y agónico. Adam, apretados los labios, le miraba fríamente, esperando el final, que llegó: el hombre comenzó a vencerse hacia delante, basculó sobre el pretil, dio la vuelta, cayó de espaldas sobre el tejadillo del porche, y de allí, girando grotescamente, se fue al polvo de la calle, cayendo de bruces sobre un montón de boñigas.

Adam Kinkaid se miró la herida recibida en la cara interna del muslo, hizo un gesto de fastidio, y reanudó la marcha hacia el hotel, enfundando el revólver. Sólo caminó unos pocos pasos en aquella dirección; pareció recordar algo, y se encaminó hacia el Hurricane Saloon, en el cual entró, atrapando a los parroquianos, ahora bastante numerosos, apelotonados en las dos ventanas..., desde donde, naturalmente, habían estado esperando presenciar cómodamente la pelea.

Joey también estaba ante una de las ventanas, pero acudió presurosamente a una seña de Adam, que le sonrió con su sorprendente amabilidad.

—¿Le importaría entregarme ahora una de las botellas, Joey? —pidió Kinkaid—. Es que no sé por qué acaba de entrarme una sed tremenda.

—Sí... Sí, señ-señ...

—Me parece que no estará correctamente fría, pero por lo menos sí la encontraré fresca, ¿o no puso al fresco las dos botellas que le encargué?

—Sí, señor... ¡Las puse, las puse!

—Espléndido... ¡Espléndido! Ya vendré luego a por la otra.

Un minuto más tarde, tras dirigir una irónica mirada al pelotón de parroquianos silenciosos, Adam Kinkaid salía del saloon y reemprendía la marcha hacia el Mayflower Hotel, al llegar ante el cual vio, en la terraza de encima de la marquesina, es decir, en la terraza de su habitación, a Lulu Belle, muy pálida, mirándole con los ojos muy abiertos. Estaba envuelta en una sábana, eso era todo. Adam Kinkaid le tiró un beso con una mano, y con la otra mostró, en alto la botella de champán. Entró en el hotel, saludó afablemente a Benny, que estaba junto a la ventana, y se fue hacia la escalera... Se volvió ya en el primer escalón.

—Benny —llamó.

—¡Diga, señor Kinkaid! —casi aulló el conserje.

—Estoy esperando que el señor Carpenter llegue al pueblo... ¿Será tan amable de avisarme cuando le vea?

—El... el señor Carpenter... ¡Desde luego, señor Kinkaid!

—Gracias, muy amable.

Reanudó la ascensión. Cuando entró en su habitación vio a Lulu Belle sentada en el borde de la cama, todavía envuelta en la sábana. Estaba bellísima, deslumbrante con su espléndida cabellera rubia alborotada y sus preciosos ojos azules mostrando el miedo.

—No has debido salir así a la terraza, cariño —dijo Adam—. Eso excita mucho a los nombres, y quizá los decida a venir aquí en masa a violarte. ¿Te parece champán otra vez? Y sin tener que echar ningún polvo, tranquila.

—Dios mío —susurró Lulu Belle—: ¡Has matado a tres hombres, Adam!

—A cualquier cosa llaman hombres. ¿Quieres champán o no?

—¡No puedes ser tan frío!

—Aquí lo único que hay frío es el champán, cariño. Sabes muy bien que yo soy un tío caliente. ¿O no lo sabes?

—¡Eres más frío que el hielo!

—Escucha, nena, eran tres tipos que querían matarme, ¿has comprendido esto? Yo no he ido a buscar ni a molestar a nadie. He salido a hacer mis cosas, y ellos han querido asesinarme. De modo que bien muertos están. Y si mi compañía te horripila, lárgate. ¿Está claro?

—Tú eres... eres... ¡un pistolero!

—Yo soy lo que me da la gana. Y si continúas fastidiándome te tiro desnuda terraza abajo de una patada al culo. De modo que deja de fastidiarme, ángel caído, y vete a joder con tus parroquianos.

Lulu Belle estaba ahora lívida como un cadáver: Adam Kinkaid soltó un gruñido, fue adonde estaban las copas del mediodía y se sirvió champán en una de ellas tras descorchar la botella haciendo ruido a propósito. Se bebió una copa de un tirón, volvió a llenarla, y se dirigió hacia la terraza, mirando hacia la calle desde detrás de los cristales.

Cuando volvió a mirar a Lulu Belle seguía inmóvil sentada en el borde de la cama Adam gruñó algo, y se acercó a ella, tendiéndole la boca.

—Bueno, bebe un traguito. Vamos, nena, nada de rencores.

Ella le miró profundamente a los ojos.

—Estás herido —musitó.

—¡Qué buena vista tienes! Pero tranquilízate, esto no me impedirá sacarte de este agujero...

—¡No estaba pensando en eso, sólo pensaba que estás herido! ¡Pensaba en ti, no en mí!

—Bueno, bueno, tranquila... Escucha, a mí no me gustan las historias, de modo que mientras estés conmigo compórtate siempre con serenidad, pase lo que pase. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Muy bien. Pues bebe y calla.

Lulu Belle bebió por fin un sorbo de champán. Luego, sin decir palabra, rasgó una de las sábanas, murmurando finalmente:

—Quítate los pantalones.

—No tengo ganas de echar un polvo ahora.

—¡Adam, por favor...!

—Está bien, puedes hacer de samaritana... ¡Al diablo contigo!

Ella fue a buscar agua, y él se quitó los pantalones, dejando al descubierto la herida, que por fortuna era como una cuchillada superficial. Simplemente con agua Lulu Belle la limpió, la secó como pudo, colocó un trozo de sábana doblado varias veces sobre la herida, y luego, con una larga tira, comenzó a vendar el muslo.

En eso estaba cuando sonó la llamada a la puerta, y la muchacha respingó y miró hacia ella con expresión aterrada.

—No te lo repetiré —gruñó Adam—: nada de miedos ni histerias mientras estés conmigo.

—Sí... Sí, lo siento.

—Bien —aprobó él—. ¿Quién hay ahí?

—Soy Kademan —llegó la voz del *sheriff* a través de la puerta.

—Vaya... Pase, pase, *sheriff*. La puerta está abierta.

La puerta se abrió, y entró en la habitación el atractivo y gigantesco Kademan, dirigiendo su mirada de felino a todos lados, como si Lulu Belle y Adam no estuvieran a la vista. Los miró a ellos por fin, y su mirada pareció chocar con la fría y sarcástica de Adam Kinkaid.

—¿Qué tal esa herida? —se interesó.

—Nada de cuidado. Además, vale la pena resultar herido para que Lulu Belle le cure a uno, ¿no está de acuerdo?

—Me parece que no —sonrió Kademan—. He oído decir que es usted un rayo disparando, Kinkaid.

—Más que usted.

Lulu Belle respingó, se atragantó, y comenzó a toser. Kademan amplió su sonrisa. Parecía talmente un jaguar contemplando a una mofeta.

—Pues le felicitó —dijo—, porque yo no lo hago mal del todo. Pese a eso tengo que admitir que desembarazarse de tres hombres a la vez no está al alcance de cualquiera.

—Depende de cada cual. Y si ha venido a fastidiarme por haberme cargado a esos tres puercos, piénselo bien. La culpa es de usted: ya le dije que

era mejor que los encerrase.

—Lo recuerdo muy bien —asintió Kademan—. Y la verdad es que fui a buscar a Samuelson y Murray para encerrarlos, pero pillaron un cabreo de los buenos, y me dijeron que no tenía derecho a hacerlo. Me convencieron, pero les advertí que usted no estaría conforme con su libertad.

—Ya entienda De acuerdo, Kademan: ¿qué demonios ha venido a hacer aquí? ¿Contemplarnos a Lulu Belle y a mí?

—Francamente, contemplarlo a usted no es cosa que me vuelva loco. En cuanto a Lulu Belle, la tengo muy vista..., aunque no así. Se la ve diferente a cuando está en el escenario. Parece... otra cosa.

—Eso desde luego, porque no es una «cosa», sino una persona.

—Nadie duda eso.

—Pues yo diría que sí. Sé que ella ha intentado varias veces marcharse de aquí para reunirse conmigo, y ustedes no la han dejado marchar.

—Pero... ¿qué dice? —se mostró asombrado Kademan—. ¡No es posible! ¿Tú has querido marcharte de Maytown, Lulu Belle? ¿Cuándo?

Ella bajó la mirada, y no contestó. Estaba de nuevo pálida. Adam apretó los labios un instante, de aquel modo característico en él, y acto seguido dijo:

—Tal parece que usted no estaba enterado de eso... ¿El *sheriff* no lo sabía, Lulu Belle?

—No —susurró ella—. No, no.

—¿Se da cuenta? —sonrió Kademan.

—Me doy cuenta de más cosas de las que se hacen y dicen —replicó secamente Kinkaid—. Usted tiene acojonada a esta criatura, Kademan, pero el juego terminó. Y ahora diga qué quiere y lárguese..., a menos que haya pensado detenerme. ¿Se trata de eso?

—No seré yo quien pretenda semejante locura —dijo Kademan, con una risa pérfida en sus felinos ojos—. La vida es demasiado hermosa para jugársela tontamente, ¿no le parece?

—Si vuelve a cachondearse de mí le aplasto los huevos a patadas.

John Kademan soltó una carcajada, y se dirigió hacia la puerta, volviéndose desde allí...

—Sólo he venido a decirle que los Carpenter han llegado al pueblo. Si quiere hablar con ellos, cualquiera le dirá dónde está su casa. La misma Lulu Belle puede hacerlo, ¿verdad, Lulu Belle?

—Sí... Sí, se... se lo indicaré.

Kademan parpadeó en verdad admirado y desconcertado.

—De verdad que te ves muy distinta. En el escenario toda tú pareces... carne para morder, y aquí y así... Muy distinta. Me fijaré mejor en ti esta noche, cuando salgas a actuar. Hasta luego.

Kademan salió, cerrando la puerta. Lulu Belle suspiró, más bien casi gritó, y se relajó de golpe. Kinkaid la miró hoscamente.

—¿Por qué demonios le tienes tanto miedo?

—Porque... porque él... él... ¡Él puede matarte, nadie le vencerá nunca!

—De modo que te preocupas por mí. Vaya, muchas gracias, cariño... ¡Eso le alegra a uno el corazón! Pero quiero que te metas esto en la cabeza: a mí no me asusta Kademan, ni nadie, de modo que cuando estés conmigo haz el jodido favor de no bajar la cabeza.

—¡Pero es que él te mataría si...! ¡Es un hombre malvado y brutal!

—¿Malvado... y brutal? ¿Por qué dices eso? ¿Qué ha hecho? ¿Qué ha podido hacer que merezca esa opinión de ti?

—Nada... ¡Nada! ¡No ha hecho nada, nada!

—¿Te hizo algo a ti? —entornó los párpados Kinkaid.

—No, no... ¡Claro que no!

De nuevo estaba lívida Lulu Belle, y le temblaba la barbilla con tal violencia que Adam se la sujetó con una mano. Ella esquivó su mirada, pero él sacudió bruscamente su cabeza.

—¡Mírame! —exigió—. ¡Y dime la verdad! ¿Por qué le tienes tanto miedo a Kademan? ¿Qué te hizo?

—Él me... me... violó...

—Te violó —repitió Kinkaid, atónito—. Te violó.

—Fue una mañana que... que salí a pasear. Él me... me siguió, y me acorraló cerca de unas colinas, junto al río...

—Espera un momento —la voz de Kinkaid parecía puro hielo—: ¿Él es uno de los tres que quiere tenerte en exclusiva una temporada?

—Oh, no, él no... no es de los ricos... No le interesa indisponerse con ellos. Por eso me dijo... me dijo que si le decía a alguien lo que había hecho me... me mataría a patadas en el... en el... Bueno, él...

—De modo que te violó. Y exigió que no se lo dijeras a nadie.

—Sí... Sí.

—¿Cómo fue?

Lulu Belle abrió mucho los ojos.

—¡No querrás que te lo explique con detalle! —exclamó.

—¿Por qué no?

—Pe... pero Adam, él... él simplemente me... me acorraló, me tiró al suelo, y me... me violó de un modo brutal, rasgándome la... la ropa interior, y... ¡No quiero explicarte nada de esto!

—Está bien. Termina con el vendaje, ¿quieres? Tengo que ir a hacer una visita. A los Carpenter. Bueno, sé que la persona que me interesa se llama Wesley Carpenter. ¿Ése es el Carpenter que tú conoces?

—Sí... Su casa, la del pueblo, claro, está dos puertas más allá del General Store, que está saliendo de aquí a mano derecha.

—Sí, lo he visto antes —parpadeó Kinkaid—. Entiendo que Carpenter es bastante rico.

—Sí —desvió la mirada Lulu Belle—, sí él... es de los más ricos de la región.

—¿Es uno de los que quieren gozar contigo? ¡Y no me vengas con más evasivas, ni con mentiras!

—Sí, él es... el que quiere... ser el primero en tenerme... a su disposición. Viene al pueblo muchas noches, a verme actuar, y me... me devora con la mirada.

—Eso no le debe gustar a su mujer, supongo.

—Es viudo. Vive en el rancho, que es enorme, con su hijo y su hija... Bueno, el hijo nunca se sabe dónde está, aparece y desaparece. Es un bala perdida. Y el señor Carpenter tiene... Bueno, tiene dos... amigos que siempre van con él. Llevan revólver.

—Entiendo.

—Si no quieres ir a visitarlo ahora... igual lo verías esta noche en el saloon.

—Te gusta eso, ¿eh? Eso de salir cada noche a bailar, a enseñar el culo a un montón de hambrientos...

—¡No, no, no, no...! Me gustaba, pero ya no me gusta, ¡ya no me gusta, odio eso, odio tener que salir cada noche a que me miren, y me silben, y quieran tocarme los pechos, y las piernas, y... y todo! ¡Lo odio, lo odio!

—Qué te parece —alzó las cejas Kinkaid—. Vamos, que si pudieras no saldrías esta noche al escenario.

—¡Claro que no! ¡Todo lo que deseo es marcharme de este horrible lugar para siempre! ¡No deseo nada más, no pido nada más! ¡Si por mí fuese me marcharía ahora mismo!

Adam Kinkaid estuvo contemplándola unos segundos antes de murmurar.

—Ahora no puede ser, pues todavía tengo cosas que hacer aquí. Pero si realmente deseas marcharte cuanto antes, y yo estoy en condiciones de

ayudarte, te irás. Y muy pronto, Lulu Belle.

—¡Pronto...! —gimió ella—. ¿Cuándo es pronto para ti? ¿Un día, un mes, un año...?

—Hagamos un trato —sonrió cínicamente Kinkaid—: tú me prometes que me seguirás unos cuantos días, hasta que me canse de hacer el amor contigo, y yo te garantizo que nos largamos de aquí cuando el sol se ponga..., antes de que sea de noche, de modo que ni siquiera tendrás que acercarte al Hurricane... ¿Qué contestas?

—¡Que sí!

—Muy bien. Pero ya sabes cómo soy, y que en la cama...

—¡Sácame de aquí antes de que se ponga el sol y yo iré contigo adonde quieras y hasta que quieras! ¡Te lo juro!

-De acuerdo. Y terminemos ahora: quiero ir a ver al todopoderoso hijoputa señor Carpenter...

CAPÍTULO V

—Quisiera ver al señor Carpenter.

El sujeto que le había abierto la puerta le miró de arriba abajo, con especulativo descaro, casi como una provocación, pero Adam ignoró su actitud. Detrás vio al otro, igualmente armado con un revólver muy bajo sobre el muslo izquierdo, contemplándole con idéntica guasa provocativa.

—¿Y usted quién es, pimpollo? —preguntó el que había abierto la puerta.

—Soy el cabrón de tu padre, que regresa de la guerra —explico Kinkaid, de pronto mosqueado—. ¿Está tu puta madre? No, ¿verdad? Pues anúnciame al señor Carpenter.

El pistolero palideció intensamente. El otro, más atrás, se quedó mirando patitioso por la sorpresa al visitante, en cuyos grises ojos había ahora una expresión de clarísimo recochineo.

—¡Pero qué demonios...! —jadeó el de atrás.

—¿Y tú quién eres? —se interesó Adam, empujando al primero y entrando en la casa—. ¿Otro desgraciado asustaniños? Pues muy bien, escuchad esto los dos: no os metáis conmigo, o viviréis sólo lo justo para lamentarlo. ¿Me he explicado? Pues ojo, piojo.

Apartó al segundo empujándolo con la mano izquierda por el pecho, y entró en el despacho cuya puerta estaba en tornada, convencido de que, naturalmente, el señor Carpenter estaría allí.

Pero no. No era el señor Carpenter quién estaba en el despacho, sino una bellísima muchacha de abundante cabellera negra y grandes ojos todavía más negros que se posaron vivamente en Adam Kinkaid. Ella estaba sentada tras la mesa, escribiendo algo en un libro de cuentas. Su busto espléndido se modelaba sugestivamente bajo la blanca blusa escotada.

Por un instante, la mirada de Adam Kinkaid y de la belleza morena chocaron con una fuerza tremenda, como dos piedras al rojo vivo. Enseguida, ella enrojeció, y exclamó:

—¿Quién le ha dado permiso para...? ¡Luke! ¡Terry!

Adam oyó tras él los gruñidos, las furiosas pisadas..., y el ludir del acero de los revólveres al rozar con la funda al ser sacados, y por último el cri-cric de los percutores al ser alzados. Adam ni siquiera les hizo caso. Terminó de entrar en el despacho, y dijo:

—Será mejor que les diga a esos dos perros guardianes que no molesten, o se va a armar aquí una buena, preciosa. ¿Quién es usted? ¿La hija de Carpenter? Pues muy bien, yo soy el hermano de Raymond Kirby... ¿Qué tiene que decir a eso?

El sonrojo de la muchacha había desaparecido, siendo sustituido por una súbita palidez cadavérica.

—Oh. Dios mío —gimió.

Adam entornó los párpados y se quedó mirándola. Tras él, los dos pistoleros no sabían qué hacer. La muchacha se pasó una mano por la frente, miró de pronto a los dos pistoleros, y les hizo una seña para que se alejaran. Señal que tuvo que repetir, pues los desconcertados sujetos no reaccionaban. Lo hicieron por fin, dejando solos en el despacho a la muchacha y a Adam, el cual cerró la puerta.

—Parece que se ha impresionado mucho, señorita Carpenter —dijo suavemente.

—Sí... Yo... yo sentí tanto lo que ocurrió... ¡Fue algo increíble y abominable, señor Kirby!

—Increíble, y abominable —murmuró Adam, acercándose a la mesa—. ¿Puedo sentarme?

—Por favor —señaló ella uno de los sillones.

—¿No está su padre en casa?

—Bueno, ha venido al pueblo conmigo, pero está atendiendo unos asuntos... Nos dijeron que quién quería ver a papá era un tal Adam Kinkaid.

—Ése también soy yo.

—No comprendo.

—Preferí venir con otro nombre, pensando que si utilizaba el de mi hermano, y por tanto el mío, claro está, podía despertar recuerdos poco agradables... A fin de cuentas, señorita Carpenter, ustedes ahorcaron a mi hermano.

—¡Pero qué dice usted! —jadeó ella—. ¿A quiénes se refiere cuando dice que ahorcamos a su hermano?

—Al pueblo de Maytown.

—Señor Kirby: yo no... no tuve nada que ver con lo que pasó entonces, y tiene que entender, por otra parte, que su hermano asesinó a un...

—No diga tonterías. Mi hermano Ray vino aquí a comprarles a ustedes una importante partida de ganado con el fin de mejorar nuestras manadas, y traía dinero más que suficiente para no necesitar el del tal Gulik, ni de nadie. Tal vez usted no se enteró bien de las cosas, señorita Carpenter.

—Yo... Sí. Bueno, lo que dijeron fue...

—Escuche, usted, que no conocía a mi hermano, puede pensar que él era capaz de matar a alguien a navajazos y robarle, y luego ir por ahí a emborracharse, o haber hecho ya borracho todo eso y luego dejarse cazar como un idiota. Usted, digo, puede creerlo si quiere, y pueden creerlo mil personas más como usted, o peores o mejores que usted. Pero yo sé que mi hermano jamás habría hecho una cosa semejante, y, por si le interesa, mi hermano no bebía más que cerveza. Y para tumbarlo a él bebiendo cerveza había que tomárselo en serio..., suponiendo que mi hermano hubiese aceptado alguna vez beber hasta caer borracho, lo que no había sucedido nunca. ¿Me entiende?

—Pe-pe-pero... Oh, Dios mío, ¿qué... qué está usted... tratando de decir?

—¿Tratando? Maldita sea mi estampa, ¡estoy diciendo que alguien mató a ese Gulik y le robó el dinero, y se las arregló de modo que se las cargó mi hermano, al cual también le quitaron el dinero! ¿No lo entiende?

—No... No, no... ¡No!

Adam Kinkaid aspiró profundamente, pareció que esto le tranquilizaba, y luego encendió un cigarrillo tras liarlo parsimoniosamente, dando tiempo a la muchacha a serenarse. Le escocía la herida de la pierna, pero no sería eso lo que le impidiera terminar lo que había ido a hacer a Maytown.

—Mire, señorita Carpenter, yo sí bebo, soy... más juerguista que mi hermano, ¿comprende? Nada del otro mundo, no crea que voy por ahí emborrachándome, nada de eso. Pero bebo. Mi hermano no bebía. Yo era el hombre duro y fuerte del rancho, él era el hombre inteligente, el comerciante. De modo que cuando decidimos mejorar nuestras manadas y salir a comprar buenas vacas y algunos sementales de calidad, como los que hay por aquí, más al Norte, el trabajito le tocó a Raymond. Habíamos reunido casi doce mil dólares para esa compra, imagínese si teníamos ambiciones... y dinero. Ray se metió cuatro mil dólares en el bolsillo, y partió. Ese dinero era como paga y señal del ganado que pensaba comprarles a ustedes, pues teníamos excelentes referencias de sus animales. ¿Me sigue usted?

—Sí, sí.

—De modo que él se marchó con cuatro mil dólares, y el resto, cuando hubiese formalizado la compra, se lo enviaría yo por transferencia después de

que él me hubiera telegrafiado diciéndome cuánto y adónde. O sea, que mi hermano llegó aquí con cuatro mil dólares... ¡Y me entero días y días más tarde que lo han ahorcado por asesinar a un tal Gulik para robarle menos de dos mil...! ¡Y encima, que esos dos mil dólares ni siquiera se los encontraron encima a mi hermano! ¿Qué habría hecho usted?

—Yo... yo no sé...

—Puesto sí supe qué hacer. Lo dejé todo, me dediqué a practicar con el revólver unos cuantos días, para recordar mis buenos tiempos de bravucón, y finalmente me vine para aquí dispuesto a todo. Por eso he tardado en venir, porque vengo dispuesto a todo y he tenido que prepararme. ¿Y sabe lo que quiero decir con todo esto?

—No... Lo... lo siento, pe... pero no...

—Quiero decir que alguien mató a Gulik, le quitó el dinero, golpeó o emborrachó a mi hermano, le dejó encima el cuchillo ensangrentado, y se llevó también su dinero. Entiéndalo, maldita sea mi estampa; alguien supo arreglárselas para cargárselos a los dos y quedarse con el dinero de los dos. Mató a, uno y se las arregló para acusar del asesinato al otro. ¡No me diga que no entiende usted esto!

—Sí, sí, lo... lo entiendo, desde luego, pero... no puede ser, sería, ¡sería demasiado horrible!

—Horrible. Sí, bueno, horrible. ¿Mi hermano no les visitó a ustedes antes de que ocurriera todo eso?

—Nos enteramos luego de que había estado en el rancho, pero papá y yo habíamos ido a Denville, a ver a mi hermano Frankie, que... que se había metido en un lío... Bueno, su hermano dejó... dejó una nota en el rancho, diciendo que esperaría nuestro regreso en el pueblo. Cuando regresamos el capataz nos entregó la nota... y nos dijo lo que había pasado.

—¿Y a ustedes no les extrañó eso?

—Señor Kirby, nosotros no conocíamos a su hermano... Bueno, él había telegrafiado que vendría, luego lo de la nota..., pero nunca lo habíamos visto, sólo sabíamos de él que era un ranchero del Sur que quería comprarnos una importante partida del mejor ganado. Eso era todo.

—Sí, es cierto —murmuró Adam—. Está bien, comprendo que para ustedes mi hermano podía ser cualquier cosa, incluso un asesino. Pero no para mí, señorita Carpenter. Yo sé que Ray jamás habría hecho una cosa como ésa. Jamás. De modo que para mí está bien claro: alguien muy listo los eliminó a los dos y se quedó su dinero. Usted puede creerlo o no, pero yo he venido a poner en evidencia la verdad.

—Pero... ¿cómo podría hacer una cosa así? Suponiendo que usted esté en lo cierto... ¿Cómo podría probarlo?

—Puedo tener alguna idea. Pero antes quería hablar con ustedes, para que me dijeran qué relaciones tuvieron con mi hermano.

—Ya le he dicho que estábamos en Denville...

—Sí, ya sé. Naturalmente, cuando mi hermano les dejó la nota en el rancho no les dejó también el dinero, los cuatro mil dólares.

—¿Qué está usted diciendo! —exclamó la muchacha—. ¡Claro que no!

—Tranquila, tranquila, no se enfade —Adam sonrió de pronto, aunque secamente—. Tenemos que tomarnos las cosas con calma, ¿no le parece?

—¿Si su hermano nos hubiera dejado el dinero, yo ya se lo habría dicho a usted nada más saber quién era!

—Por supuesto. Vamos, no se enfade conmigo. Hágase cargo de mi actitud, señorita Carpenter.

—Bueno...

—Veamos —casi consiguió sonreír Adam—, yo soy Alexander, pero le ruego que me llame Alex. ¿Cómo debo llamarla a usted?

—Sally... Sally, sen...

—Alex, nada más. Soy mayor que usted, pero no tanto que deba tratarme como a un anciano. Tengo treinta años nada más, contra sus... ¿diecisiete?

Sally Carpenter se echó a reír, sofocada.

—¡Vamos, Alex...! ¡Usted sabe perfectamente que tengo más de veinte! Pronto cumpliré los veintidós...

—Toda una mujer, evidentemente.

—Es usted muy... Oh, pero si ustedes... ¡Oh!

—¿Qué ocurre ahora? —se sorprendió Adam.

—Bu... bueno, he... he oído decir... O sea, si usted es quién se hace llamar Kinkaid, entonces es el hombre que... que cuando llegó... Bu... bueno usted ha... ha estado con... con...

—Su tartamudeo me parece sencillamente delicioso —sonrió Adam.

—¡Pero dijeron que usted era el hombre de esa chica del saloon, y que se había acostado con ella apenas llegar y...!

—Habladurías de la gente. Por otra parte..., ¿acaso enturbiaría eso nuestra naciente amistad?

—Yo... yo no sé... ¡Creo que no debería estar usted aquí! —volvió a sofocarse de pronto Sally Carpenter.

—¿Teme que la viole? Me costaría bastante, con el trote que llevo. Y además ése no es mi estilo. Eso se queda para... otras gentes. Vamos, deje de

sofocarse y escandalizarse, Sally. ¿Realmente teme algo de mí?

—No... No es eso, es que...

—¡Ya sé! ¡Teme por su reputación!

—Alex, usted... usted me está turbando tanto que...

—Podemos cambiar de tema, a fin de aliviarla de esta terrible situación — reflexionó Adam—. Hablemos, por ejemplo, de perros y de niños. ¿Por qué no hay niños ni perros en este pueblo?

—¿Qué?

—Todos se sorprenden..., y yo el primero. ¿No lo ha observado nunca?: en Maytown no hay, niños ni perros. Nada. Ni uno solo. ¿Cómo es eso posible? Yo nunca había visto nunca un pueblo sin niños ni perros.

—Pu... pues no... no sé...

—En fin, será mejor que me marche, o acabaría usted siendo tartamuda para siempre —Adam se puso en pie—. ¿Sabe usted dónde puedo encontrar a su padre?

—No exactamente. Está en el pueblo, pero no podría decirle dónde. De todos modos será muy fácil que se encuentren en cualquier momento.

—Eso es cierto —admitió Adam Kinkaid—. Maytown es un pueblo lindo y pequeño..., sin perros ni niños. ¿Puedo despedirme de usted, Sally?

—Oh, sí, naturalmente —se desconcertó la muchacha.

Adam Kinkaid rodeó la mesa, y ella le fue siguiendo con la mirada. Cuando él se detuvo a su lado no tuvo más remedio que alzar la cabeza... Entonces, Adam la agarró con la mano izquierda por debajo de la barbilla, y sujetándola la besó en la boca.

Notó en el acto la crispación de la muchacha, pero no cejó en el beso. Al contrario, al percibir que ella comenzaba a reaccionar para apartar su boca le mordió el labio, reteniéndola así. Ella gimió quedamente, y ya no se resistió, aceptó pasivamente el beso-mordisco de Adam Kinkaid. El cual, de pronto, metió la mano por el escote de la blusa y se apoderó decididamente del seno derecho de la muchacha, que casi saltó en el asiento. No se movió ya más, permaneció como petrificada mientras la mano de Kinkaid saboreaba la tersura y turgencia de su pecho, apretándolo suavemente, acariciándolo... Un fortísimo estremecimiento recorrió el cuerpo de Sally Carpenter cuando los dedos de él se deslizaron en lenta caricia por el pezón...

De repente, Adam terminó de besarla y de acariciarla, se irguió, y fue hacia la puerta, donde se volvió. Sally Carpenter estaba respirando tan agitadamente que parecía ahogarse, y sus ojos despedían auténticas llamaradas. No podía hablar, al parecer de indignación.

—¿Sabes una cosa? —sonrió Adam—. Te he besado para ver qué diferencia había entre tu boca y la de «esa chica del saloon», y, francamente, yo diría que muy poca..., pero a favor de ella, claro.

—Canalla —jadeo Sally.

—Un insulto es poca cosa a cambio de un beso. ¡Creía que por lo menos me pegarías un tiro...! Y a propósito: si esos dos animales de ahí fuera me molestan, esta casa se va a llenar de plomo, así que allá vosotros.

—Es usted un miserable. ¡Y viene aquí presumiendo de decencia...!

—De la de mi hermano, no de la mía —dijo ásperamente Adam—. De la de mi hermano, al que vosotros ahorcasteis.

—¡Yo no tuve nada que ver en eso!

—Me parece que sí —susurró Adam.

Abrió la puerta, salió, y cerró rápidamente. Los dos pistoleros estaban en el recibidor de la casa, y le miraron ceñudamente, alertas. Adam fue a la puerta, y los miró socarrón.

—La he dejado con las piernas abiertas —dijo—. Tal vez ahora le gustaría hacerlo con uno de vosotros. ¡Eh, eh! ¡Nada de eso!

El pasmo sólo fue comparable al susto que se llevaron los dos pistoleros, que habían hecho intención de desenfundar sus armas...; y que se encontraron de pronto con el revólver de Adam Kinkaid fuera de la funda y apuntándoles firmemente. Una palidez cerúlea, cadavérica, se extendió por los rostros de Luke y Terry al darse por fin cuenta de la insoslayable verdad: comparados con Adam Kinkaid ellos eran, simplemente, unos desgraciados. Había sacado el revólver a tal velocidad que ni siquiera habían visto su gesto.

—¿Y ahora qué? —inquirió perversamente Adam—. ¿Qué hago con vosotros? Se aceptan sugerencias.

Ni uno ni otro hicieron sugerencia alguna. Se pasaron la lengua por los labios, y eso fue todo. Adam enfundó el revolver casi con la misma rapidez con que lo había desenfundado, y dijo:

—Si os vuelvo a ver delante de mí os mataré. Y por si yo no puedo verlo porque se esconda de mí, decidle a vuestro amo que no me irá de este... lugar sin haber hablado con él, pues a su hija no he querido maltratarla. ¿Me habéis entendido?

Dio la vuelta, abrió la puerta, y salió de la casa.

La voz le llegó como un bramido salvaje:

—¡Adam Kinkaid, maldito seas!

Y al mismo tiempo veía ante él al hombre que había gritado. Estaba lívido de furia, desencajado el rostro, saltones los ojos..., y empuñaba una escopeta

recortada de dos cañones con cuyas postas podía convertir en picadillo a Adam Kinkaid, salvo que éste fuese más rápido.

Pero todo tiene un límite: nadie puede disparar antes que un adversario que nos está apuntando ya y con el dedo apretando los dos gatillos, de una escopeta.

—¡De rodillas! —vociferó él otro—. ¡Ponte de rodillas, cerdo! ¡Te voy a matar como a un perro, y te voy a arrastrar por encima de todas las mierdas de la calle...! ¡De rodillas, perro!

Kinkaid no se movió. Ni siquiera pestañeó. Miraba al desconocido con una fijeza simplemente aterradora, y hasta un pedrusco habría comprendido que no pensaba arrodillarse pasara lo que pasara.

—¡ARRODÍLLATE! —aulló el desconocido—. ¡Arrodíllate o muere!

Kinkaid seguía mirando al hombre. Debía tener casi cincuenta años, era alto, fuerte, algo calvo, de facciones enérgicas y quemadas por el sol. Vestía bien, y solamente el odio que le envenenaba en aquel momento lo convertía en un ser repulsivo.

-Yo te enseñaré —jadeó el otro—. ¡Yo te enseñaré a acostarte con las mujeres destinadas a otros...!

CAPÍTULO VI

—Hemos tenido demasiada paciencia contigo —dijo Wesley Carpenter—. Incluso te hemos tratado como a una mujer, cuando no eres más que una... zorra apestosa.

—Usted no tiene derecho a hablarme así —sollozó Lulu Belle—. ¡No tiene ninguna clase de derecho sobre mí!

—¿Eso crees tú? —rió Carpenter—. Pues te equivocas: yo tengo sobre ti todo el derecho que me dé la gana... ¡Qué estúpido he sido..., qué tontos hemos sido al esperar todo este tiempo! Pero parecías tan... diferente. ¡Los tres nos hacíamos la ilusión de que estábamos... acosando una pieza que valía la pena! ¿Adónde vas, zorra?

Lulu Belle intentó correr hacia la puerta, pero Wesley Carpenter la agarró por la hermosa cabellera, dio un tirón, y la derribó salvajemente de espaldas ante él. Sin vacilar ni un segundo saltó sobre ella, aplastándola con su peso, lastimándola con la cadena de oro que adornaba su voluminoso vientre sobre el chaleco.

—Así, zorra... ¡Ahora vas a ver lo que es bueno! Nosotros tres rivalizando para conseguirte por las buenas y con miel, porque nos parecía que eso valía la pena, que te gozaríamos más así..., y tú te metes en la cama con él primero que llega... ¡Ahora vas a ver! ¡Fuera esto!

Tuvo que ceder el espacio suficiente, para arrancar la sábana con la que todavía se envolvía Lulu Belle, y que ésta quería conservar a toda costa. Hubo un forcejeo brutal, hasta que Lulu Belle tuvo que ceder bajo el peso masculino y su mayor fuerza física. De un último tirón Wesley Carpenter separó la sábana del cuerpo de la muchacha, haciendo rodar a ésta por el suelo..., pero persiguiéndola de nuevo implacable.

Lulu llegó cerca de donde estaba el cubo con la botella de champán del mediodía, y agarró ésta, blandiéndola temblorosamente.

—No se acerque —jadeó—. ¡No se atreva a acercarse a mí o le partiré la cabeza! ¡No se acerque!

—Conque esas tenemos, amiguita... ¿Que no me acerque? No sólo me voy a acercar, sino que te voy a hacer lo que tenía que haberte hecho en cuanto me encapriché de ti...

—Si me toca... un solo cabello..., Adam le... le matará...

—¡Adam me matará! —Carpenter rió agudamente—. ¡Adam ya no va a matar a nadie más, cariño, porque lo van a matar a él, lo van a hacer pedazos! En ausencia de Sam Cranes, tu tercer adorador, nos hemos jugado Edgar Butler y yo quién hacía qué para terminar este asunto, y a mí me has correspondido tú y a Butler le ha correspondido tu amado Adam... Lo está esperando con una recortada, y lo va a convertir en una criba... Y yo a ti en otra, pero de diferente manera... ¡Ja, ja; ja! ¡Ven aquí!

Wesley Carpenter tenía casi cincuenta años, pero era un hombre alto, robusto, fuerte como un oso. Hizo una finta que engañó a Lulu Belle, y cuando ella lanzó el golpe con la botella se apartó y la agarró fácilmente acto seguido por la muñeca con una mano, arrancándole la botella con la otra. Luego, sin miramiento alguno, golpeó a Lulu en el vientre con la botella.

La consta palideció, todo su rostro se desencajó, los ojos se desorbitaron... Retrocedió un par de pasos y se desplomó, encogida sobre sí misma, al borde del desvanecimiento. Carpenter vio los ojos velados de la muchacha, su gesto de derrota total. Soltó un gruñido, tiró la botella sobre el sofá del rincón, y procedió desnudarse rápidamente, dejando al descubierto su musculatura recubierta de abundante vello.

—Te vas a enterar, zorra asquerosa... ¡Y después del día de hoy los tres vamos a estar acostándonos contigo siempre que queramos, de noche y de día, en cualquier lugar y a cualquier hora...!

Completamente desnudo, saltó sobre Lulu Belle, y se colocó furiosamente entre sus muslos. La violencia de su acto despejó a la muchacha, que se encontró encima a la peluda bestia ansiosa, y, reaccionando, quiso girar hacia un lado, sin conseguirlo. Justo entonces, bestialmente, Wesley Carpenter la penetró.

Lulu Belle lanzó un alarido fortísimo, tremolante, y, al mismo tiempo, como último acto de defensa, o al menos de protesta, llevó sus manos al rostro de Carpenter, clavó las uñas en ambas mejillas, y tiró hacia abajo... Ahora fue Carpenter quien lanzó un aullido de poderoso animal herido, y se puso en pie de un salto, llevándose las manos a la cara y retirándolas manchadas de sangre.

Estuvo unos segundos contemplando atónito la sangre, hasta que la verdad, y el escozor de las heridas, puso una niebla de furia en sus ya turbios

ojos. Desde el suelo Lulu Belle le contemplaba aterrada, esperando que él dejase libre el camino hacia la puerta para intentar escapar de nuevo...

El estampido de los dos cañones de la recortada resonó entonces en todo el pueblo, llegando nítidamente a la mejor habitación del Mayflower Hotel del Maytown.

La sonrisa fue súbita en el rostro de Wesley Carpenter mientras en su mente se formaban rápidamente las palabras que iba a decirle a Lulu Belle:

—Tu amado Adam acaba de morir hecho pedazos.

* * *

Una décima de segundo antes de que Edgar Butler disparase su recortada Adam Kinkaid lo supo.

Lo vio en sus ojos, supo que una décima de segundo más tarde las postas iban a brotar de la escopeta, supo que el dedo de aquel hombre que para él era un desconocido total se estaba ya crispando en el doble gatillo...

Y entonces hizo lo único que se podía hacer contra una escopeta recortada en su situación: se tiró de bruces al suelo, completamente plano, al mismo tiempo que se protegía la cabeza con los brazos doblados y escondía la cara como podía contra el pecho...

Todavía le parecía estar oyendo aquellos dos gritos humanos procedentes del hotel cuando tronó la escopeta.

Tuvo la sensación de estar metido en un horno cuyo rugido de fuego lo ensordeció por un instante: Oyó sobre él como el paso de una tormenta caliente, y sintió en los hombros y parte de la espalda, así como en las manos y brazos, tos picotazos de los perdigones... Fue un instante durante el cual su mente quedó en blanco.

Sólo fue un instante, menos de un segundo, pero en el momento de vivirlo le pareció una eternidad. Una eternidad durante la cual oyó el doble estampido siguiendo a los gritos, la tormenta de plomo rugiendo sobre él, el cristalino destrozo de cristales y el cercano grito de horror y dolor. Todo mezclado, todo confuso, todo como si el mundo, con él en el centro, estuviera metido dentro de una bolsa de aire caliente; todo mezclado con el dolor que sintió al recibir varios perdigones...

Y todo en un instante.

Al instante siguiente, girando en el suelo, sacaba el revólver, apuntaba a Edgar Butler una milésima de segundo, y disparaba. Desde el suelo le pareció que al desconocido lo succionaban hacia el cielo, como si fuese a echarse a

volar. Pero en realidad Edgar Butler sólo saltó. Saltó hacia atrás, manoteando y profiriendo, un grito de miedo y rabia, lanzando la escopeta al aire junto con un grito... Recibió entonces el segundo balazo, giró, y cayó de espaldas, como una gigantesca masa pesadísima que fuese a hundirse para siempre en el polvo.

Se quedó inmóvil, abiertos los brazos y las piernas..., mientras seguía oyéndose todavía el estrépito de cristales rotos y el grito femenino de horror y dolor. Un grito que hizo girar de nuevo a Adam sobre el polvo, y mirar hacia la casa de la cual acababa de salir... Todo era tan rápido que aún vio cristales en el aire, y, en el hueco de la ventana destrozada, a la hermosa Sally Carpenter.

Es decir... ¿Era ella, realmente?

Vio una forma de mujer con el vestido que había visto a Sally Carpenter hacía apenas segundos, pero vio también algo que le pareció horrible: en lugar de rostro, Sally Carpenter tenía... una máscara de sangre... Estaba cayendo hacia atrás, acribillada por los perdigones disparados por Edgar Butler, gritando, salpicando a todos lados sangre de su cuerpo y de su destrozado rostro.

Mientras tanto, y al mismo tiempo, como si todo formase parte de una sola e increíble escena desarrollada a contratiempo, la puerta de la casa de los Carpenter en Maytown se abría, y aparecían Luke y Terry, revólver en mano, gritando el primero:

—¡Ahí está ese...!

¡Pack, pack!, disparó Adam Kinkaid, sin pensárselo ni por un momento.

Luke se atragantó con las palabras, giró velozmente entrando en la casa, y desapareció de la vista de Adam Kinkaid, mientras Terry, recibiendo el plomo a él destinado en el estómago, lanzaba un berrido, saltaba como disparado por un resorte, y caía de rodillas fuera del porche, sobre el polvo, a menos de dos metros de Adam Kinkaid, que seguía tendido en el suelo.

Desde tan corta distancia, mientras sentía que sus entrañas reventaban de dolor, Terry vio la gris mirada implacable: mente puesta en él, fría como la mismísima muerte, y jadeó, desorbitados los ojos:

—No, no disp...

¡Pack!, disparó Kinkaid, inmisericorde.

Terry saltó hacia atrás, se golpeó con la nuca en el borde de un escalón del porche, y regresó al polvo, donde quedó tendido de bruces, con el corazón partido por el balazo.

Dentro de la casa, Sally Carpenter terminó de caer de espaldas al suelo del despacho, a cuya ventana se había acercado para espiar la salida de Adam Kinkaid.

Y entonces, hubo en todo el pueblo un tiempo muerto, un lapsus total, un instante de nada, un silencio de inexistencia de todas las cosas y todos los seres...

Hasta que volvió a oírse el grito femenino procedente del Mayflower Hotel.

Adam Kinkaid se puso en pie.

* * *

Obcecado por su deseo del cuerpo de Lulu Belle, Wesley Carpenter no se paró a considerar qué podían significar tantos disparos en lugar de los de la escopeta recortada de su amigo Butler en solitario. Lo único que sabía en aquél momento era que deseaba a Lulu Belle de un modo absoluto, bestial. La deseaba y, al mismo tiempo, estaba ansiando destrozarla, lastimarla, hacerle daño hasta arrancarle lágrimas y suspiros de dolor interminable...

Lo que más pudo en aquel momento, al verla desnuda y tan hermosa, fue el deseo.

Y barbotando obscenidades que expresaban con todo detalle ese deseo, Wesley Carpenter volvió a abalanzarse contra Lulu Belle, la derribó, y de nuevo se colocó sobre ella abusando de su fuerza, sujetándole las muñecas y buscando con su boca la de ella, que movía la cabeza de un lado a otro, evitando el contacto bucal, pero sintiendo en su cuello y hombros los besos y los mordiscos de la bestia humana que gruñía y jadeaba sobre ella, buscando su boca y al mismo tiempo el camino hacia la posesión definitiva...

El esfuerzo y la obcecación de ambos era tal que ninguno oyó las rápidas pisadas en el pasillo, ni abrirse la puerta... Ni vieron a Adam Kinkaid entrando y llegando junto a ellos de dos zancadas. La mano izquierda del forastero agarró a Carpenter por los cabellos, y lo arrancó de salvaje tirón de su comfortable asentamiento, dejándolo de rodillas.

Carpenter alzó el rostro, la mirada al mismo tiempo, y vio a Kinkaid en un plano superior, lívido.

Acto seguido, el rodillazo le partió varios dientes y le machacó los labios. La visión de Carpenter se nubló, no supo a ciencia cierta qué había ocurrido, qué estaba ocurriendo... Otro rodillazo le partió una ceja y casi le reventó el ojo, y cuando estaba cayendo hacia atrás lanzando sangre a todos lados,

recibió el puntapié también en la boca, que volvió a crujir y a reventar en más salpicaduras de sangre.

Luego, ciertamente, Wesley Carpenter perdió por completo el control de la situación y hasta de sí mismo. Veía las cosas moviéndose de un modo absurdo, y le parecía que flotaba. Vio abierta la salida a la terraza de encima de la marquesina, vio la calle, el sol, vio la terraza...

En el mismo instante en que veía la calle comprendió, intuyó más bien, lo que iba a suceder al instante siguiente, y entonces quiso gritar. De sus destrozados labios partieron trozos de carne y de dientes, y, al mismo tiempo, en silencio horrendo, emitiendo apenas un extraño mugido de animal moribundo, Wesley Carpenter salía proyectado fuera de la terraza.

Sintió el impacto de su espalda contra el tejado del porche, y luego, como un retumbar de todo su cuerpo, el golpe contra el suelo. Por un momento pensó que el polvo iba a protegerlo, que amortiguaría la caída, que en realidad no sería nada...

Y al mismo tiempo que pensaba esto oía el crujir de sus huesos. Un crujir siniestro, especialmente en el brazo izquierdo y en la pierna derecha. Se quedó con los ojos abiertos, la mirada fija en el cielo lleno de sol vespertino, como metido en un nido hecho con polvo y con su propia sangre...

Arriba, Adam Kinkaid cerró el balcón, y se volvió hacia Lulu Belle, que le miraba con expresión desorbitada, todavía tendida en el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó con voz tensa Adam.

Ella tragó saliva, y asintió. Él se acercó, la tomó de los brazos, y la puso en pie.

—Vístete. Nos vamos a ir pronto de aquí... Había pensado dedicar a esto un par de días, pero todo se ha precipitado, al parecer debido a tu intervención, seleccionándome como tu hombre. Mejor así. Vamos, vístete.

Ella emitió de pronto un gemido, y se abrazó a él. Estuvo sollozando unos segundos, hasta que de pronto calló, se tensó, y terminó por apartarse de él, para mirarse las manos, que se habían manchado de la sangre que se deslizaba por la espalda de Adam.

—Estás... estás herido...

—Como una bestia —asintió Kinkaid—: Pero no podemos andarnos con pamplinas ahora. Suerte que me protegí la cabeza... Pero mira mis brazos. Los tengo llenos de perdigones. La espalda no importa, de momento, pero si no me quito los perdigones de los brazos pronto se me entumecerán... ¿Tienes unas pinzas?

—En mi habitación si...

—Ve a por ellas. ¡Pero primero vístete! Y será mejor que yo vaya contigo. Me parece que has hecho enfadar a la gente de este pueblo, cariño... ¿Te ha violado ese?

—No... No, pero... ha estado a punto...

—¿Quién era?

—El señor Carpenter, uno de los que... Adam, ellos tres habían decidido... habían decidido... dejarse de contemplaciones y convertirme en una... especie de esclava sexual de ellos. Dijo... Él dijo que yo era una zorra y que...

—Lulu Belle —Adam le tomó el rostro entre las manos—, poco importa lo que seamos tú y yo. En estos momentos lo que importa es no perder un segundo. Ya me explicarás lo que quieras cuando sea oportuno. Ahora vístete y salgamos de aquí. ¿En qué piso está tu habitación?

—En este mismo, dos puertas más allá.

—Bien. Hay otro piso arriba. ¿Sabes si hay alguna habitación libre?

—Oh, sí, varias... Sé que hay varias.

—Te diré lo que vamos a hacer. Iremos a tu habitación, recogeremos algunas cosas, especialmente pinzas para que me quites los perdigones de los brazos, y nos iremos a una de las habitaciones del piso de arriba... Tú te quedarás escondida allí, y nadie te molestará, porque creerán que nos hemos escapado juntos a campo través...

—Pe... pero... no tienen... por qué molestarme a mí... ¡Yo no he hecho nada malo a nadie!

—Todavía no lo has entendido —movió la cabeza Adam—. ¿No lo comprendiste al ver que no había niños, ni perros?

—¡No sé lo que quieres decir!

Adam sonrió, ayudó a Lulu Belle a terminar de vestirse, y la empujó hacia la puerta.

—De prisa, quiero dejarte escondida en una de las habitaciones vacías de arriba...

* * *

—Te digo que no están —gruñó Osgood—. ¡Coño, John, es bien fácil de entender, esos dos se han largado!

Plantado en el centro de la calzada, rifle en mano, mirando fríamente hacia el hotel, John Kademan, *sheriff* de Maytown, terminó por desviar la

mirada hacia su ayudante, que, junto con varias personas más, acababa de salir del hotel.

—¿Adónde quieres que se hayan largado? —gruñó—. El caballo de ese Kinkaid está en la cuadra, y no ha robado ninguno de los del pueblo, ¿verdad? ¿Te imaginas a alguien escapando a pie?

—Pues no están en su habitación, ni en la de Lulu Belle. Yo creo que han decidido intentar la fuga aprovechando que antes de un par de horas será de noche. Deben confiar en que no los encontraremos antes, y escapar definitivamente en la oscuridad... Pueden llegar a cualquier rancho cercano, y conseguir allá dos caballos, y hasta otros de refresco... ¡Si no los encontramos antes de la noche va a ser difícil atraparlos, porque ese Kinkaid puede ser todo lo que quieras menos tonto!

John Kademan miró de nuevo hacia el hotel, fruncido el ceño... Estuvo casi un minuto con la mirada fija en el edificio, contemplado con impaciencia por Osgood y los demás. Un ambiente de furia flotaba en el ambiente de Maytown. Finalmente, saliendo de su asombro, los habitantes de tan tranquilo lugar habían sumado las acciones realizadas por Adam Kinkaid desde su llegada antes del mediodía, y el balance les parecía excesivo, así que habían decidido dejarse de más juegos con él...

—Está bien —dijo de pronto Kademan—. Saldremos a buscarlos. Id a por los caballos, y dejadme el mío delante de la oficina.

—¿Qué vas a hacer? —se extrañó Osgood.

—Quiero recoger unas cosas en la oficina. Ya os alcanzaré. Aunque no sé si no sería preferible que me quedase... ¿Prefieres quedarte tú, Osgood?

—Claro que no —gruñó éste—. ¡Lo que yo quiero es cazar a ese tipo, castrarlo como a un cerco, y colgarlo de un álamo por los pies!

—Creí que ibas a decir por los cojones —sonrió Kademan—. Bueno, ya veré si me quedo o me uno a vosotros. En cualquier caso, cuando lo cacéis quiero que lo traigáis vivo aquí. Todos tienen derecho a la diversión, ¿no? Encárgate tú de los grupos y todo eso, ¿de acuerdo?

—Claro que sí —se ufanó Osgood—. ¡Venga, muchachos, vamos a por los caballos! Yo creo que lo mejor es que nos dividamos en tres grupos, cada uno de los cuales...

John Kademan oía a Osgood, pero no le escuchaba. No le importaba absolutamente nada lo que decía aquel bobo. Lo que le importaba era lo que estaba pensando él mismo, que era mucho más listo que Osgood.

Muy bien, ¿quién quedaba? Pues, solamente Sam Cranes: De los hombres más poderosos del pueblo sólo quedaba él, precisamente el menos poderoso.

Lo habían sido mucho más Edgar Butler, que estaba muerto, y Wesley Carpenter, que tenía rota la espalda, un brazo y una pierna, y la cara tanto o más destrozada que su hija. ¡Otra mala puta...! ¡Cuántas veces había soñado en hacer con ella lo mismo que hizo en aquella ocasión con Lulu Belle...!

Pero una cosa era violar a una corista que se callaría bajo la amenaza de morir a cuchilladas, y otra cosa era violar a la hija de Wesley Carpenter. Bueno, ahora la hija de Carpenter podía irse al infierno. Iba a quedar convertida en un monstruo, igual que su padre..., si es que éste sobrevivía, pues según el doctor Flushman la cosa no estaba precisamente clara en este sentido.

Además, en el fondo, ¿quién le había gustado siempre a él? Pues, Lulu Belle.

Meses y meses pensando en ella, obsesionado por ella, sobre todo después del día que la encontró a solas y la tuvo... Cuando recordaba cómo la había ultrajado se estremecía de placer, y soñaba sin parar en que algún día pudiera ser suya para siempre.

Pero estaban no sólo los tres poderosos del pueblo, que la querían disfrutar en primer lugar y hasta casarse con ella, sino TODO el pueblo.

Todo el maldito pueblo, el más extraordinario lugar al que había ido a dar con sus huesos John Kademan en toda su vida. Pero le convenía, y se había quedado, amoldándose muy bien, hasta el punto de que a la muerte del anterior *sheriff* le habían propuesto a él, que había aceptado. Buena paga, buena vida, ningún riesgo... Allá nadie corría riesgo alguno..., salvo los forasteros con dinero, claro. ¡Qué jugada tan genial!

Regresó bruscamente a la realidad, y su mirada se concretó de nuevo en el hotel.

Muy bien, él llevaba meses y meses esperando poder hacer de nuevo aquello con Lulu Belle. Nose hacía ilusiones de poder quedársela para él solo, y además, no iba a hacerlo después de que se la hubiese tirado todo el pueblo, pero la deseaba... ¡La deseaba con todo su cuerpo, con todas sus fuerzas desde el primer momento en que ella apareció en Maytown descendiendo de uno de los coches de la Texas Overland...!

Y este deseo de Lulu Belle había engendrado un feroz y vertiginoso odio contra Adam, Kinkaid. Había sabido contenerse, había sabido esperar las instrucciones de los tres «grandes» de Maytown, pero ahora ya no tenía por qué esperar nada.

Además, ¿de qué había servido? ¡Sólo había servido para que aquel maldito hijo de puta se pasara el día tirándose a Lulu Belle en la mejor

habitación, en la mejor cama del pueblo! Y nadie se había atrevido a impedirlo.

-Te voy a hacer pedazos —jadeó K ademan.

Y echó a andar despaciosamente hacia el hotel.

CAPÍTULO VII

Abajo se oía el rumor de numerosos jinetes preparándose para salir en tres grupos a fin de copar los caminos más favorables que pudieran seguir los, dos supuestos fugitivos. Mientras tanto, éstos, encerrados en una habitación del segundo piso del Mayflower Hotel, hacían sus propios planes respecto a su supervivencia.

Por el momento Lulu Belle estaba retirando como podía los perdigones que se habían clavado en los brazos de Adam, que estaba lívido. La sangre caía en gruesas gotas al suelo, pero era más aparatoso que otra cosa.

—Si esa gente nos caza nos lincharán a los dos —susurró Adam—, de modo que tendremos que hacer las cosas con mucho cuidado.

—Yo no entiendo hada —aseguró Lulu Belle—, pero haré lo que tú me digas que haga.

—Ajajá, así me gusta: ¡la mujercita sumisa y encantadora!

—¡No soy sumisa! —rechazó ella—. Sólo se trata de qué sé que tú sabrás mucho mejor que yo qué debemos hacer en todo momento.

—Espero acertar —murmuró Adam—. Por ahora lo que sí te aseguro es que nos interesa permanecer aquí. Cuando el sol se ponga ya veremos. ¿Oyes todo ese jaleo en la calle? Pues es por nosotros. Me parece que ni a ti nos van a perdonar los criminales habitantes de Maytown.

—¿Qué quieres decir? ¿Todos son criminales?

—Me temo que sí. Hay cosas que no se pueden hacer sin la complicidad de todo el pueblo, cariño: Antes de venir dediqué unos días a enterarme de cómo era Maytown, y supe... ¡Pero qué te voy a contar a ti, que hace tiempo que estás viviendo aquí! ¿Acaso no sabes que en Maytown son muy aficionados a hacer justicia y muy rápidamente?

—Sí... Y a veces de un modo... desconsiderado y brutal, demasiado implacable. ¡Es eso lo que siempre me ha parecido horrible!

—Te diré lo que creo que pasa: todo el maldito pueblo es una banda de ladrones y criminales. Viven tan tranquilamente, pero cuando aparece alguien que molesta, o alguien que lleva dinero en abundancia, se las arreglan para

quitárselo, y al desdichado de turno lo asesinan y hacen desaparecer su cadáver, o, como en el caso de Gulik y Raymond Kirby, los matan a los dos, al primero asesinándolo, al segundo colgándolo acusándolo del asesinato del primero... Entre Gulik y Kirby se embolsaron nada menos que seis mil dólares... y se divertieron. ¡No me digas que no habías notado nada raro en este lugar sin niños ni perros!

—Sí, ya te dije que me parece horrible, pero... ¡eso que dices es espantoso!

—No se me ocurre otra explicación. Es un modo fácil de ganar dinero y divertirse a costa del prójimo.

—¿Quieres decir que se reparten el dinero?

—No al momento y tanto para ti y tanto para mí... Deben tenerlo en un fondo común para repartirlo anualmente, o destinarlo a cosas que favorezcan a todo el pueblo, cuyos vecinos, todos adultos, son todos, absolutamente todos unos canallas, unos forajidos emboscados en forma de honrada comunidad que cumple rígidamente las leyes.

—¡Eso es tan fantástico, Adam! Pero ahora que lo dices...

La puerta de la habitación se abrió bruscamente, y apareció John Kademan, revólver en mano, tan rápidamente y por sorpresa que Adam y Lulu Belle no tuvieron tiempo ni de respingar. Durante un segundo la escena pareció petrificada, y entonces Adam Kinkaid se dio cuenta de que ya no se oía nada en la calle, que el silencio era total: los jinetes habían salido ya en busca de los fugitivos... Pero no Kademan.

John Kademan estaba allí, ante ellos, amenazando a Adam con el revólver, y mostrando en sus labios sensuales una fría sonrisa.

—Es usted un hombre muy listo, Kinkaid —dijo.

—No demasiado —masculló Adam—. Debí pensar que usted haría algo especial.

—Sí, debió pensarlo —Kademan cerró la puerta tras él con un pie, sin dejar de encañonar a Adam y Lulu Belle, que estaba todavía paralizada por el miedo que sentía hacia el gigantesco *sheriff*—. Pero desde que llegó al pueblo ha parecido talmente que usted es el único tipo listo del mundo.

—Todos nos equivocamos.

—Sí. Pero usted no se ha equivocado casi nada en lo que acaba de decir. Estaba buscándolos de habitación en habitación, escuchando tras las puertas, cuando les he oído hablar. Y lo que usted ha dicho es más o menos la verdad. De modo que, en efecto, simplemente, nosotros linchamos a su hermano, ya que el juicio y demás fue una pantomima.

—¿Tu hermano? —exclamó Lulu Belle, reaccionando.

Adam no le hizo caso. Estaba mirando hoscamente los descalzos pies de John Kademan. Solamente llevaba los calcetines; se había quitado las botas para subir al segundo piso, y por eso no le habían oído ir de un lado a otro del pasillo.

Bien, una cosa era segura: Kademan no era ningún tonto.

—¿No lo sabía, mala puta? —gruñó Kademan—. ¿No sabías que este sujeto se llama en realidad Alex Kirby y es hermano de Raymond Kirby?

—No... No lo sabía...

—Al parecer él no tiene en ti tanta confianza como ha tenido en la señorita Carpenter. Ella me contó la verdad cuando la llevábamos a casa del doctor Flushman... Aquí tienes a este valiente, que ha venido a hacer justicia, a vengar a su hermano... ¿No es así, Kirby? ¡Conteste!

—No me da la gana —replicó Adam Kinkaid.

—Ya sé que en cuanto a lengua está bien provisto... Es usted de los que siempre dicen lo que quieren, ¿verdad? Y también de los que hacen lo que quieren... Vino aquí, quiso tirarse a Lulu Belle, y simplemente lo hizo...

—Yo no quise nada —gruñó Adam—. Fue ella quien estaba tan harta de este pueblo de criminales que ofreció... pagarme para que la sacara de aquí. En cualquier caso, no la he violado, cómo hizo usted, y como pretendía hacer Wesley Carpenter.

—Ya. ¿Y eso le parece mal? —Kademan emitió una risita impropia de su corpachón—. ¡Pues espera a que todo el pueblo se dedique a tirársela! Porque si se han estado aguantando hasta ahora ha sido por los tontos juegos que se traían Carpenter, Butler y Cranes, pero eso ya ha terminado... Todos los hombres del pueblo estábamos deseando tirarnos a Lulu Belle, y ahora es lo que haremos. Francamente, no quisiera estar en el pellejo de ella.

—De modo que es cierto: son todos ustedes unos criminales.

—Todo cuanto usted ha dicho hace unos minutos es verdad —sonrió Kademan—. Le he estado escuchando detrás de la puerta, muy complacido. ¿No le parece realmente interesante?: todo un pueblo convertido en una banda de forajidos camuflados... ¡Es lo más divertido que me ha ocurrido en la vida! Cuando llegué aquí, y me di cuenta, no podía creerlo. Pero enseguida me di cuenta de las muchas ventajas... ¿Que aparecía por aquí un tipo cargado de dinero? Pues se le asesinaba y se decía que había sido otro al que se colgaba; o se le acusaba de haber violado a una mujer, o de cualquier otra cosa...

—¿Sabía todo eso el juez?

—¡Claro que no! —rió Kademan—. Pero..., ¿cómo se le había de ocurrir al pobre hombre que TODO un pueblo estaba confabulado para acusar a un inocente? Siempre tenía todos los testigos necesarios para condenar irremisiblemente al reo, y se iba de aquí tan contento de haber hecho justicia..., mientras nosotros nos meábamos de risa y luego nos divertíamos todavía más colgando al pobre tipo de turno. ¡Imagínese...!

—Me lo imagino. Es por eso que en este pueblo no puede haber niños. Y ni siquiera los perros los quieren a ustedes... Aquí sólo hay canallas refugiados, la escoria da Texas.

—Para ser un hombre que está en tan difícil situación habla usted demasiado, Kirby.

—¿Por qué he de callarme, si de todos modos me va a matar?

—¿Tan simple lo ve? —sonrió siniestramente Kademan—. Pues no es tan simple, amigo, ni mucho menos. ¿Por qué cree que he querido quedarme mientras el resto de los hombres salían tras de ustedes? Sabía que usted era listo, que estaría escondido donde menos pensasen, o sea, en el mismo hotel..., y a mí eso me iba bien. Su muerte no va a ser nada agradable, Kirby... ¿Esperaba morir de un tiro? ¡Qué fácil!

Lulu Belle emitió un gemido, y pareció a punto de desmayarse; la mirada de Kademan saltó hacia allá.

—Y a ti también te espera una buena, puerca... ¿De modo que todo el día en la cama con él...? Bueno, pues vas a arrepentirte de eso, te lo aseguro. De momento pasa detrás de él, quítale el revólver, y tráemelo. En cuanto a usted, Kirby, haga el menor movimiento y verá cómo le meto una bala en las tripas a esta puerca, y luego a usted. Ya sé que es muy rápido, pero yo lo soy más..., y tengo el revólver en la mano. ¡Tú, perra, haz lo que te he dicho!

Lulu Belle respingó, y miró con los ojos muy abiertos a Kinkaid, que asintió con un gesto. Ella le quitó entonces el revólver, y se lo llevó a Kademan, que se lo metió en la cintura y del bolsillo de atrás sacó unas esposas, que tendió a la muchacha.

—Pónselas a él. Mejor dicho, una esposa en su muñeca, y la otra en el barrote grueso del respaldo de la cama. ¡Vamos, muévete!

La empujó tan rudamente que la derribó. Le tiró encima las esposas, con furia, lastimándola en el pecho, y luego señaló con el revólver a Adam Kinkaid, que le miraba fijamente, fijamente...

—¡Pónselas!

Lulu Belle volvió a mirar a Kinkaid, que de nuevo asintió levemente. La muchacha se incorporó, y lo esposó al lecho, tal como había ordenado

Kademan, que entonces se relajó y enfundó su revólver. Ahora que tenía bien controlado a Kinkaid dedicó más atención a Lulu Belle, que le miraba sencillamente aterrada.

—Ven aquí, perra caliente —jadeó—. ¿Te acuerdas de la otra vez? ¿Eh? ¿Te acuerdas de la otra vez? ¡Pues aquello no fue nada comparado con lo que voy a hacer contigo ahora! Te voy a violar hasta reventarte, cerda; y luego te colgaré de una viga del techo, desnuda, y te arrancaré, la, carne a tiras... ¡Y diré que ha sido él!

Kademan se echó a reír, divertidísimo, mientras Lulu Belle parecía incapaz de soportar tan sólo su pérfida presencia criminal.

—¿No os parece gracioso? ¡Aquí todo el mundo hace su juego, y yo haré el mío! Vamos a ver ¿qué es lo que hace tiempo están esperando todos los hombres de Maytown, sino tirarse a la magnífica Lulu Belle? Por turnos y jerarquías, claro... Primero tenían que hacerlo los poderosos, luego los demás, poco a poco. Pero voy a hacer algo que los fastidiará: me voy a tirar a la hermosa Lulu Belle delante de su... hombre, y luego la colgaré, para que nadie más pueda hacerle el amor después de mí. ¿Eh? ¿Qué os parece?

Solamente se oía el retumbar de la voz de John Kademan. Tanto en la habitación como en el pueblo reinaba un silencio insólito, innatural. Era como estar dentro de una gigantesca tumba resonante.

Kademan se acercó a Lulu Belle, silencioso sobre sus pies cubiertos sólo por los sudados calcetines. Ella intentó rechazarlo, pero era una tarea en la que no valía la pena perder fuerzas, pues con sólo dos dedos el hercúleo Kademan podía controlar a la muchacha. La asió por los brazos, la acercó a él, y jadeó:

—De modo que ya te has vestido, ¿eh? Te has pasado todo el día desnuda en brazos de este cabrón, pero ahora ya estás vestida..., ¡ahora que soy yo quien quiere verte desnuda!

Agarró el vestido y dio un tirón fortísimo, hasta el punto de que lo arrancó casi completo. De otro tirón no menos brutal arrancó la ropa interior, y pareció volverse loco al ver saltar vibrantes los hermosísimos pechos de Lulu Belle, contra la cual se abalanzó echando espuma por la boca.

—¡Te voy a hacer mía hasta reventarte! —aulló.

La derribó, cayó sobre ella, y comenzó a forcejear con sus pantalones para liberarse, mientras Lulu Belle luchaba en vano intentando repeler la agresión, y gritaba no menos inútilmente.

—Vas a ver —jadeaba Kademan—. ¡Vas a ver...!

El primer puntapié de Adam Kinkaid le acertó en la mandíbula, por el lado izquierdo, y el tremendo impacto de la bota se la partió como si fuese de galleta. John Kademan lanzó un alarido bestial, se puso en pie de un salto, y su enloquecida mirada saltó hacia Kinkaid..., en el momento en que éste, dando otro tirón que de nuevo consiguió arrastrar el lecho, llegaba de nuevo ante él y le descargaba un espantoso puntapié entre las ingles.

En aquel momento, reaccionando, Kademan se disponía a desenfundar su revólver, pero el patadón en los testículos fue tan salvaje que le privó de la respiración y de la facultad de movimientos; simplemente, lívido como un cadáver, encogido, cayó hacia atrás, al parecer muerto.

Adam Kinkaid dio otro tirón de la cama, acercándose otra vez al *sheriff* de Maytown, que jadeaba ahora entrecortadamente tendido de costado en el suelo, con las manos en el lugar golpeado, la mirada turbia, perdida...

—Te lo dije —jadeó Kinkaid—. ¡Te dije que te mataría a patadas en los huevos, y voy a hacerlo!

El siguiente puntapié alcanzó a Kademan en la boca del estómago, y, tendido en el suelo, le hizo revolve y crisparse como una serpiente arrojada al fuego. El siguiente golpe fue otro patadón vertical, es decir, un escalofriante pisotón de nuevo sobre los testículos... Un alarido infrahumano brotó de la boca de John Kademan, que estaba absolutamente incapacitado para coordinar movimientos, para pensar... Simplemente, su cuerpo estaba apto sólo para recibir las atroces sensaciones de dolor que le estaban infligiendo.

Otro patadón convirtió la boca de Kademan en un manchurrón de sangre, y al segundo siguiente de nuevo un pisotón en los testículos produjo calambres de inauditos dolores insoportables. El siguiente puntapié le acertó en el ojo derecho, que se aplastó como si fuese un grano de uva, y terminó con la resistencia de Kademan, que pareció desparramarse sobre el piso como una pella de manteca al sol, quedando de cara al techo..., para recibir otro tremendo pisotón en los testículos, mientras Kinkaid jadeaba de nuevo:

—Te lo dije... Te lo dije... ¡Te lo dije!

Cada jadeo era otro pisotón en el mismo sitio, pero ya Kademan había dejado de reaccionar, desvanecido, muerto quizá... Convertido en una masa de carne inerte y sangrante, quizá habría sido totalmente despedazada a patadas por Kinkaid si finalmente, sobreponiéndose a su espanto, Lulu Belle no hubiera intervenido abrazándose a Adam, gritándole cosas que él tardó unos segundos en comprender.

Se quedó mirándola entonces con ojos llameantes, que de pronto cerró. Respiraba con fuerza, agitado, pero consiguió controlar la respiración, aspiró hondo, y estuvo quizá medio minuto quieto, serenándose. Lulu Belle estaba abrazada a él, con una mejilla apretada contra su pecho, oyendo el violento latir del corazón del tejano, que se fue aquietando.

—Vamos a intentar marcharnos de aquí cuanto antes —susurró todavía con voz tensa Adam Kinkaid—. Prepárate para salir a caballo en cualquier momento. ¿Sabes montar?

—Sí... Sí, lo suficiente, sí.

—Voy a llegarme al establo por la parte de atrás. Si es una trampa y hay hombres escondidos allá volveré y buscaremos otra solución. Pero si realmente se han marchado todos menos Kademan ésta es nuestra ocasión de escapar. Porque si vuelven y nos encuentran aquí...

No terminó la frase, pero tampoco hacía falta. Para ambos estaba claro que lo menos que le esperaba a él era la horca, y a ella... Bueno, ella tendría que pasar, muchas... experiencias antes de ser también ahorcada posiblemente, o descuartizada, o degollada... ¡Cualquiera sabía lo que podía ocurrírseles a las gentes de aquel pueblo sin niños ni perros!

Adam se había arrodillado junto a Kademan, quitándole su revólver, que regresó a la funda, y acto seguido la llave de las esposas, que abrió, liberándose del lecho. El aspecto de John Kademan era horripilante, y ni por un momento se le ocurrió pensar a Kinkaid que el *sheriff* no estaba muerto.

Había dicho que lo mataría a patadas en los huevos, y lo había hecho. Eso era todo.

—No te muevas de aquí. Si oyes...

—Adam —suplicó ella—. ¡Adam, por favor, no me dejes, no me dejes sola aquí, con él...!

-Está muerto... Sí, comprendo, claro. Está bien, ven conmigo. Quizá tengas razón: es mejor que a partir de ahora no nos separemos. Pase lo que pase nos interesa permanecer juntos. Vamos abajo.

CAPÍTULO VIII

Parecía talmente que el pueblo estuviera abandonado, al menos esa impresión se recibía en la parte de atrás de la fila de casas, por donde Lulu Belle y Adam Kinkaid se deslizaban hacia las cuadras.

Todo era extraordinario, tétrico. Ya no parecía el lindo pueblo acogedor y cuidado, sino una... gigantesca tumba esperando ocupantes. Cuando Adam se detuvo, y Lulu Belle le imitó, al silencio fue todavía más notable.

—Pero tienen que estar aquí las mujeres, ¿no? —susurró Adam—. ¿Dónde están?

Lulu Belle encogió los hombros. Se habían detenido en la parte de atrás del Banco, y al percatarse de ello Adam Kinkaid tuvo una idea que puso en práctica inmediatamente. Forzó la puerta, y entró, seguido siempre por Lulu Belle; que ni siquiera se atrevía a preguntar qué iba a hacer.

Todavía fue más asombroso aparecer en el local del banco destinado al público, procedentes del fondo, y encontrándolo completamente vacío. En la puerta de cristal veían el cartelito con la palabra «open», lo que quería decir que los de la calle debían, ver la palabra «closed», cerrado.

—¿Te das cuenta? —todavía tuvo temple para bromear. Kinkaid—: todo el banco para nosotros solos. Y a propósito: ¿tú tienes dinero en este lugar?

—Si... Tengo... unos tres mil dólares... que he ido ahorrando.

—De modo que te permitían ahorrar y todo... ¡Qué generosos! Pero realmente, ¿qué más les daba, si finalmente te habrían degollado, después de que hubieras pasado por la bragueta del último cerdo del pueblo...? Has dicho tres mil dólares, ¿no? Pues tres y cuatro son siete... Vamos a ver si podemos abrir la caja fuerte.

—¡Adam, no podremos hacerlo nunca, y el tiempo...!

—Espera aquí. Vigila la calle, pero sin que se te vea a ti desde fuera, y avísame en cuanto veas algo que se mueva.

Entró en el pequeño despacho privado del director del banco, del que salió un par de minutos más tarde con un manojito de llaves. Las fue probando una a una en la caja fuerte, y de pronto hizo girar el volante de ésta y tiró hacia

fuera... Lulu Belle lanzó una exclamación cuando la puerta cedió a la tracción de Adam, y se acercó. Adam señaló los fajos de billetes.

—Les vamos a cobrar intereses por el dinero tuyo y por el de Raymond Kirby... ¡Coge todo el que puedas! Nada de monedas, ¡sólo billetes! ¡no pierdas el tiempo!

En un par de minutos los dos habían hecho una buena limpieza en la caja, que Adam cerró nuevamente. Llevaba los bolsillos y los pantalones llenos de fajos de billetes, y Lulu también parecía haber engordado, si bien tenía dificultades para sujetar su desgarrado vestido.

Salieron del banco por donde habían entrado, y continuaron su camino hacia las cuadras. Al llegar a éstas percibieron el mismo silencio insólito. No había persona alguna cuando entraron. Al parecer nadie había querido perderse la diversión de partir de cacería humana.

Pero sí estaba el caballo de Adam Kinkaid, y tres más, éstos a cuál más penco.

—No importa —murmuró Adam—. Nos los llevaremos todos, y así podremos ir cambiando de montura. Compensaremos la calidad con la cantidad...

—¡KINKAID! —tronó de pronto la voz en la calle principal—
¡KINKAID SAL AQUI HIJO DE PUTA! ¡Kinkaid, sal, bastardo, sal, quiero verte delante de mí, quiero saber si tienes cojones para esto...!
¡KINKAAAIIIIIDDD...!

—Dios mío —tartamudeó Lulu Belle—. ¡Es Kademan!

Adam Kinkaid parpadeó, y al mismo tiempo sintió un escalofrío. No le cabía en la cabeza que un hombre no hubiera muerto al ser pateado de aquel modo, pero los hechos no admitían réplica. Para asegurarse, se acercó a la puerta del establo, y, en efecto, plantado en el centro de la calle, dando pasos hacia un lado y otro, vociferando, estaba John Kademan. Parecía solo en el mundo, lanzando gritos a la nada...

—¡KINKAAIIIIIDDD...! ¡Sal a matarme, perro bastardo!

Adam se pasó la lengua por los labios, y volvió la cabeza. Detrás de él, Lulu Belle esperaba, aterrada como siempre que aparecía en juego aquella inmundicia e increíble bestia llamada John Kademan, el hombre que la había violado, produciéndole, sin duda, el más grande espanto de toda su vida. No sólo por la violación en sí, sino porque aquel gigante pelirrojo era realmente el más grande bestia jamás parido.

La alternativa era fácil para Kinkaid podía meterle una bala de rifle en las entrañas a Kademan. O podía, simplemente, salir a caballo y largarse,

dejándolo dando gritos en plena calle. ¡Y al diablo con él! Pero si aquel hombre quedaba con vida Lulu Belle tendría pesadillas para siempre.

Sin pensarlo más, Adam Kinkaid salió a la calle.

—¡Kademan! —gritó—. ¡Aquí estoy!

La bestia humana hizo girar su enorme mole. El sol poniente dio de lleno en su rostro destrozado. Tenía la cara deformada debido a la rotura de mandíbula, y un ojo parecía un asqueroso pozo diminuto del que brotaban rojizos excrementos... Pero allá estaba, de pie, enorme, con su revólver..., centelleando su único ojo como el de una fiera cuando se posa en su presa.

—Ven aquí —pareció reptar hacia Kinkaid la voz de Kademan—. Ven aquí, hijo de una gran puta sarnosa...

Adam Kinkaid comenzó a caminar, y, al mismo tiempo, lo hizo John Kademan hacia él. En la mente del primero había una idea fija: matar a aquella bestia de una vez por todas, de modo que nunca más tuviera Lulu Belle ni tan siquiera que recordarlo. No ya temer que apareciera de nuevo en su vida, sino que debía olvidarlo completamente, para siempre jamás. Y ello porque en lo que respectaba a Lulu Belle, él quería...

El bramido de John Kademan borró de su mente todo pensamiento. Como en una pesadilla de rojo sol poniente Adam Kinkaid vio ante él, a unos veinte metros, al gigante ensangrentado, sacando el revólver a una velocidad que puso escalofríos en todo su cuerpo. Tuvo, en una millonésima de segundo, la certeza de que iba a morir, pues jamás, jamás, jamás había visto a nadie desenfundar con la velocidad con que lo estaba haciendo John Kademan...

Entonces, muy cerca de él, Adam Kinkaid oyó el disparo.

A veinte metros, recién terminado de sacar el revólver de su funda, John Kademan lanzó un berrido al recibir la bala en el vientre, y enseguida, recuperándose, todavía intentó colocar el revólver en posición de disparo hacia Adam Kinkaid.

Éste oyó entonces otro disparo, muy cerca de él, y vio cómo en el pecho de Kademan, justo sobre el corazón, aparecía un diminuto surtidor que relució rojo, rojo, rojo a la roja luz del sol poniente. Comprendió que Kademan había recibido el balazo en el corazón, y se quedó mirándolo, inmóvil. Durante quizá cuatro segundos Kademan permaneció en pie, fijo su desorbitado ojo en Adam Kinkaid, sujetando cada vez más flojamente el revólver que había conseguido desenfundar.

Finalmente, tan despacio que parecía que fuese a durar eternamente, el corpachón inició la caída hacia adelante. Y de pronto, todo sucedió a la velocidad de vértigo, como si ya nada tuviese interés ni importancia, salvo el

final, John Kademan cayó pesadamente de bruces sobre el polvo, y eso fue todo.

Sólo entonces supo Adam Kinkaid quién había disparado, quién había sido más rápido que Kademan, quién había matado a Kademan.

Lo supo cuando, atónito, vio el revólver en su propia mano derecha. En aquel momento ni siquiera se le ocurrió pensar en que esto significaba que era un verdadero tirador, todo él un puro reflejo, todo él rápido como el rayo, todo él puro instinto... Simplemente, comprendió que, pese a todo, él había sido más rápido que Kademan, y entonces enfundó el revólver y se volvió hacia las cuadras, en la puerta de las cuales estaba Lulu Belle.

Mientras se acercaba a ella, sintiendo una extraña ternura jamás antes experimentada en su azarosa vida, Adam Kinkaid comenzó a oír un rumor al que tardó un par de segundos en prestar la debida atención, ofuscado como estaba por los últimos acontecimientos y por las emociones que parecían nacer de súbito en él viendo a Lulu Belle...

Aquel rumor.

Se detuvo en seco; y, lentamente, se volvió.

Cada vez él sol era más rojo, cada vez se acercaba más a su ocaso, cada vez estaban más próximas las sombras de la noche. La luz comenzaba a ser incierta. Pronto el sol se pondría.

Pero todavía había luz suficiente para que Adam pudiera ver a las mujeres de Maytown, todas ellas en la calle ahora, todas formando un gran arco que encerraba dentro las cuadras..., todas ellas provistas de horquillas, palos, hachas, cuchillos, alguna que otra escopeta, algún que otro revólver..., y numerosas sogas.

Le pareció que estaban envueltas en fuego y en odio. Y supo que nunca podrían escapar a caballo mientras aquella masa de mujeres estuviera allí, esperando para descuartizarlos en ausencia de los hombres de Maytown, el más horrendo pueblo jamás imaginado.

Muy despacio, Adam Kinkaid continuó caminando hacia las cuadras, en las que entró empujando ante él a la asustadísima Lulu Belle, que le miraba como esperando el milagro de su vida.

—Dios mío —alentó apenas la muchacha—. ¡Dios mío, qué... qué cosa más espantosa, Adam! ¡Ellas quieren matarnos! ¡Y no vamos a poder escapar!

Adam miró hacia la calle, y asintió.

—Bueno, lo siento por el señor Kirby —masculló—. No podrá recuperar su dinero, pero al menos algo he hecho para vengar a su hermano.

—¿Qué...? ¡No te entiendo! ¿No eres tú el hermano de...?

—No, cariño. Yo me llamo realmente Adam Kinkaid, y soy un maldito pistolero de alquiler. Hace unas semanas me enviaron a buscar, y fui convencido de que se trataría de otro trabajo como los anteriores: proteger personas, o alquilarme en un bando contra otro, cosas de ésas. Y me encontré... delante de un hombre tan joven como yo pero inválido: él era el verdadero Alexander Kirby, el hermano de Raymond Kirby. Estaba en una silla de ruedas... Señor Kinkaid, me dijo, le he elegido a usted después de enterarme bien, de saber, que tira como un demonio, pero todavía es una persona. Le voy a contratar para que averigüe la verdad de lo que ocurrió con mi hermano: Como ve, yo no puedo cabalgar, y mucho menos podría sostener una pelea con nadie, de modo que le pagaré bien si usted me presta éste servicio... ¿Sabes cuánto me ofreció?

—No... ¿Cuánto?

—Diez mil dólares. ¿Lo entiendes? Un hombre que ofrece diez, mil dólares y que te cuenta tan extraña historia, y que te da un anticipo aun sabiendo que eres un maldito pistolero no puede tener un hermano que haga lo que él me contó que le habían dicho que había hecho su hermano... Hay cosas y cosas en la vida, Lulu Belle. Y la cosa me pareció tan nueva para mí... Imagínatelo: investigando, queriendo hacer algo que parecía honrado. Bueno, así son las cosas. Ahora ya sé la verdad, y todo lo que tengo que hacer es regresar adónde me espera el señor Kirby, darle el dinero que le robaron a su hermano, decirle la verdad de lo que pasó, cobrar mi parte..., y que él haga el resto, que denuncie todo Maytown a los rurales, o a quien quiera...

—Adam —tembló la voz de Lulu Belle, que había mirado hacia afuera—. Adam, se están... acercando.

—Sí, las veo —el tejano sonrió—. ¿Qué tal si nos dedicamos a matar mujeres? Sólo tenemos que empezar a disparar contra ellas, hasta que se nos terminen las balas. ¿Por qué dejarnos linchar?

—Dios mío, este pueblo en un infierno... ¡No sé cómo se me pudo ocurrir quedarme en él ni siquiera un solo día! ¿Por qué me miras así?

—¿Has dicho que este pueblo es un infierno?

—Pues... sí. ¿Por qué?

—Se me acaba de ocurrir una idea... luminosa. ¿Qué tal si lo convertimos en un infierno? Hagamos la última tentativa. Te diré lo que tienes que hacer, Lulu Belle: monta en mi caballo, agarra las bridas de los demás, y espera... Dentro de un minuto podrás salir a todo galope. No sueltes las bridas de los otros caballos... y no te detengas POR NADA. ¿Lo entiendes?

—Sí, pero... ¿qué vas a hacer?

—Voy a quemar este infierno. Recuerda: en cuanto tengas al camino libre sal de aquí a todo galope, naturalmente en dirección apuesta adónde estén las mujeres.

—Sí, pero...

Adam Kinkaid la abrazó por la cintura, apretándola fuertemente contra su pecho. Pareció a punto de decir algo, pero optó por besarla. Lulu Belle estuvo un instante inmóvil. Luego, alzó los brazos, para abrazarse con fuerza al cuello del pistolero, y devolver cálida y dulcemente el beso. Cuando Adam la apartó Lulu Belle todavía permaneció con los ojos cerrados.

-Tal vez volvamos a vernos —susurró él.

Ella permaneció inmóvil, cerrados los ojos todavía unos cuantos segundos. Los abrió lentamente, y miró hacia la calle. A unos cuarenta metros de las cuadras las mujeres se habían detenido, contemplando el cadáver de John Kademan. En el cielo había turbulencias negras y rojas de ocaso y de noche inminente.

Las mujeres miraron hacia las cuadras, y Lulu Belle comprendió que temían acercarse más, que estaban sopesando la conveniencia de, simplemente, cercar las cuadras hasta que los hombres regresaran. Nadie se movía. El sol era el único, en un fulgurante descenso de tonos ahora violáceos, encendidos y violentos.

Y de pronto, pareció que comenzara a regresar la luz del sol, pues todo fue adquiriendo nueva iluminación. Pareció talmente que en lugar de estar poniéndose el sol estuviera saliendo.

—¡FUEGO...! —sonó el primer grito.

Hubo un revuelo, un movimiento colectivo agitado, más gritos, chillidos... Las mujeres comenzaron a correr de un lado a otro. La iluminación aumentaba rápidamente, y muy pronto Lulu Belle dejó de ver mujeres ante las cuadras y vio en cambio el resplandor de gigantescas llamas... Haciendo un esfuerzo reaccionó. Para ella había una cosa segura, la tendría siempre por cierta: si hacía lo que le decía Adam las cosas saldrían bien.

De modo que, tal como él le había dicho, salió de la cuadra a todo galope, montada en el caballo de él y llevando de las bridas otros tres pencos, lanzándose hacia la salida Sur del pueblo, es decir, la contraria hacia donde habían corrido las mujeres. Por detrás de ella plegaba un resplandor increíble, y lanzó una exclamación cuando volvió la cabeza y vio la enorme hoguera en que se había convertido Maytown..., una hoguera que se estaba extendiendo rápidamente, que pronto sería total. Una hoguera tan grande que atraería a los

hombres que habían salido en persecución de ella y de Adam, y que al llegar al pueblo se encontrarían con que ya no tenían nada: ni casas, ni dinero, ni banco, ni nada de nada..., y que todavía tendrían menos cuando los rurales de Texas diesen una batida allí...

Algo la sobresaltó, y gritó asustada. Había visto una sombra en alguna parte cayendo sobre ella...

Pero no fue así. Fue Adam Kinkaid, que desde el tejado de uno de los porches de la salida del pueblo había saltado sobre uno de los pencos, gritando:

—¡Te prometí que lo haría, y lo estoy cumpliendo! ¡Te dije que te sacaría de aquí cuando se pusiera el sol..., y todavía se está poniendo!

ESTE ES EL FINAL

Detuvieron los caballos, descabalaron, y Adam Kinkaid se dejó caer al suelo, desfallecido. Estaba pálido, había perdido sangre por la herida del muslo especialmente, y cabalgar más habría sido una locura.

Lulu Bel le retiró la manta de la silla de montar de él, y fue a arrodillarse a su lado. El cielo mostraba millones de refulgentes estrellas, a cuya luz pudieron verse los ojos uno al otro.

—Sigue si quieres —susurró Adam—. Yo no puedo más, Lulu Belle.

—Me quedaré contigo. Ya no podrán alcanzarnos.

—No tienes por qué quedarte y correr el riesgo de que nos alcancen.

—Hicimos un trato, y tú lo has cumplido, de modo que yo también lo voy a cumplir. Quedamos en que si me sacabas de aquel lugar antes de que se pusiera el sol yo haría lo que tú quisieras hasta que tú quisieras.

—Cariño, si estás pensando que estoy en condiciones de cobrarme tus servicios con un polvo, olvídale. Me voy a desmayar da un momento a otro. No podría ni besarte. Sólo quiero descansar, dormir...

—Desensillaré los caballos y los trabaré. Descansa.

Tapó a Adam con la manta, se ocupó de los caballos, y ya todo en orden, regresó junto al pistolero, que parecía dormido. Se metió bajo la manta con él, abrazándolo. La noche era fría, y todavía lo sería más. No iba a ser una noche fácil, pero ninguno de los dos estaba acostumbrado a las cosas fáciles...

—Lulu Belle —oyó el susurro de él.

—Dime, Adam.

—Siento haberte, conocido de este modo..., y haber hecho el amor contigo en contra de tu voluntad, como un precio por mis servicios... De verdad lo siento.

—Lo sé. Pero no creas que me disgustó tanto. Por primera vez pensé... que valía la pena ser mujer, y quisiera... volver a sentir muchas veces lo que sentí sin querer confesártelo... Pero no tienes por qué respetar el trato para siempre, podemos separarnos en cuanto amanezca...

—Yo te diré cuándo te libero de tu palabra. Hasta entonces, recuerda que juraste hacer siempre lo que yo quisiera.

—Sí, Adam.

-Entonces, mi amor, cierra la boca, déjame dormir..., y prepárate para empezar una nueva vida conmigo en cuanto salga el so...

— oOo —